

EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA DE JÓVENES

TEMARIO 2018-2019



ENSJ
ESPAÑA

Queridos equipistas, sed bienvenidos a este temario del curso 2018-2019. Este temario se fue gestando durante el curso pasado, en las Reuniones del Equipo de Animación Nacional (REAN), que son dos reuniones de trabajo que tenemos al año el Secretariado Nacional con los diferentes Secretariado Locales. Fuimos viendo que sería muy bonito que todos tuviésemos un temario común, elaborado entre todos, que todos pudiésemos trabajar. Y desde el pasado mes de junio nos hemos empleado duramente para que este libro haya podido salir a la luz.

Cada tema ha sido realizado por un secretariado diferente, tanto el Nacional como los de Sevilla, Córdoba, Málaga, Valencia y Castellón. Por este motivo, seguramente tengamos en nuestras manos un texto un tanto heterogéneo, al haber sido cada capítulo elaborado por personas distintas. Pero nosotros pensamos que esto no va a ser un aspecto negativo, sino todo lo contrario: una fuente de enriquecimiento y diversidad.

En este temario vamos a tratar diferentes temas de actualidad, cada uno de ellos inferido de un pasaje del evangelio concreto. Esperamos que sea una herramienta de utilidad para todos, que nos ayude a reflexionar, a rezar, y a sacarle jugo a nuestras reuniones de equipo.

Por último, recordaros que, si bien es verdad que este es un material que hemos preparado con cariño e ilusión, no es obligatorio seguirlo. Este es un temario que tanto el Secretariado Nacional como los Secretariado Locales ponen a disposición de todos los equipos que lo quieran trabajar, pero por supuesto sigue existiendo total libertad para que cada equipo trabaje el texto que sus integrantes decidan, como ha sido siempre.

Esperamos que disfrutéis de este nuevo curso ENSJ y que crezcamos todos en oración, en comunión y en compromiso con el movimiento. Un fuerte abrazo a todos.

Secretariado Nacional
ENSJ España

Índice

1. Parábola del buen samaritano	1
2. Encuentro con la samaritana	10
3. Parábola de los talentos	24
4. Parábola del deudor	31
5. La semilla de mostaza	36
6. Las bodas de Caná	45
7. Los trabajadores de la viña	53
8. Reunión de balance del curso	60

1. Parábola del buen samaritano

Oración

*Señor, Tú me complicas seriamente la vida.
Tu Mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas hubiera sido fácil de seguir
sin tener que dar cuentas a nadie, sino solo a Ti.
Pero lo has unido al segundo
y me has mandado amar al prójimo,
amar al otro, a todos los otros,
amarlos siempre, y amarlos como a nosotros mismos.
Y eso no es fácil, Señor,
Es difícil amar al prójimo que veo,
más difícil es amar a los que no veo... porque miro para otro lado.
Ayúdame a comprometerme con ellos y por ellos.
Hubiera sido más fácil dar limosnas,
desprenderme de lo que me sobra,
regalar lo que tengo a medio uso, hacer beneficencia.
Pero me mandas amar,
y pones como medida: amar como a nosotros mismos.
Y eso, me parece demasiado para mi egoísmo.
Pero quiero seguirte, Señor,
y estoy dispuesto a amar,
dispuesto a amar a los demás, como a nosotros mismos,
dispuesto a luchar por la igualdad,
o dispuesto, al menos, a luchar contra las desigualdades.
Pero soy débil, ayúdame Tú Señor. Amén.*

Plan Personal de Vida

- Oración:
 - ¿Dedicas parte de tu día a hablar con Dios? ¿Qué dificultades te encuentras para hacerlo?
 - ¿Tienes en cuenta en tus oraciones al más necesitado, al más débil?
 - ¿Le das las gracias a Él por todo lo que tienes?
- Misión:
 - ¿Te implicas en el entorno que te rodea o sin embargo “miras para otro lado”?

- ¿Participas en alguna actividad de voluntariado? ¿Eres comprometido en casa, con la familia?
- Personalización:
 - ¿Eres capaz de detectar en ti aquellos fallos que te alejan del prójimo y por tanto de Dios?
 - ¿Pones tu tiempo al servicio de los demás? ¿Das lo que tienes, o de lo que te sobra?
- Participación en los equipos:
 - ¿Asistes a los actos comunes? ¿Participas activamente en los ENSJ?
 - ¿Piensas de qué forma podrías dar a conocer el movimiento?

Tema

Lucas 10, 25-37:

En esto se presentó un experto en la ley y, para poner a prueba a Jesús, le hizo esta pregunta: “Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?”. Jesús replicó: “¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo la interpretas tú?”. Como respuesta el hombre citó: “Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser, con todas tus fuerzas y con toda tu mente”, y: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. “Bien contestado —le dijo Jesús—. Haz eso y vivirás”. Pero él quería justificarse, así que le preguntó a Jesús: “¿Y quién es mi prójimo?”. Jesús respondió:

“Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. Resulta que viajaba por el mismo camino un sacerdote quien, al verlo, se desvió y siguió de largo. Así también llegó a aquel lugar un levita y, al verlo, se desvió y siguió de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba el hombre y, viéndolo, se compadeció de él. Se acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó. Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al dueño del alojamiento. “Cuídemelo —le dijo—, y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva”. ¿Cuál de estos tres piensas que demostró ser el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?”

“El que se compadeció de él”—contestó el experto en la ley. “Anda entonces y haz tú lo mismo” —concluyó Jesús.

Un texto tan conocido, tan usado, que parece que no es posible añadir nada. Sin embargo, con él nos sucede lo que tantas veces en el evangelio: que nunca llegas a agotarlo, siempre hay más.

Esta es la pregunta que el escriba hace a Jesús: *Maestro, ¿Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?* Es decir, ¿cómo conseguir la vida eterna o la vida plena? Como buen escriba, este hombre vivía metido en una aparatosa institución religiosa pero no había logrado una vida en plenitud: ni la erudición religiosa ni el cumplimiento exacto de la Ley le habían hecho percibir una vida plena de sentido.

Jesús le invita a que se dé él mismo la respuesta, y le pregunta: *“¿Qué está escrito en la Ley?”* Y el maestro de la Ley responde: *“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo”.* Y Jesús le dijo: *“Bien dicho. Haz esto y tendrás vida”.* Que quiere decir: no basta con conocer la voluntad de Dios, hace falta ponerla en práctica, llevarla a la vida. Pero el maestro de la Ley plantea a Jesús una nueva pregunta: *“¿Y quién es mi prójimo?”* Jesús no le responde con un discurso ni con explicaciones abstractas, sino con la parábola del buen samaritano:

“Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon dejándolo medio muerto”. Cabe preguntarse: ¿por qué Jesús se molesta en decir que “un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó”? ¿Acaso no bastaba con decir que iba por un camino? Después de todo, las parábolas están llenas de personajes genéricos: “un sembrador salió a sembrar”, “un hombre yéndose lejos, llamó a sus siervos”, “un hombre tenía dos hijos”. Jerusalén es especial, es el monte de Dios, donde se alza el Templo de Jerusalén, la casa de Dios. Jericó, por su parte está en un terreno mucho más bajo, junto al mar muerto, el lugar más bajo de la tierra, y es conocida por ser la primera ciudad pagana que conquistaron los israelitas al entrar a la Tierra Prometida. Por lo tanto, el hombre de la parábola se aleja de Dios, desciende en camino hacia las tierras de los paganos. Además, podemos decir que en esta parábola no hay un solo hombre medio muerto. Tampoco hay una sola banda de bandidos ni un solo sacerdote, ni un solo levita, ni afortunadamente un único samaritano. La parábola interpreta la realidad de millones de bandidos y ladrones, de sacerdotes y levitas y también de samaritanos. En definitiva, la parábola describe

nuestra vida humana, la realidad de nuestro mundo.

“Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y al verlo, dio un rodeo y pasó de largo y lo mismo hizo un levita...” Ciertamente han visto lo que pasaba, pero tenían sólidas razones para no detenerse. En primer lugar, una preocupación de tipo ritual. En aquella cultura, el contacto con un cadáver (o alguien que pudiera estar a punto de serlo), mancha, hace impuro y por tanto, incapacita para el servicio del templo. Y mientras tanto, aquel desdichado, corre el riesgo de morir.

“Pero un samaritano que iba de viaje, llegó a donde estaba él y, al verlo, le dio lástima, se le acercó, le vendó las heridas, echándole aceite y vino y montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó”.

En la lógica de la parábola, después del sacerdote y el levita, vendría “el laico judío”. Pero Jesús con uno de sus desconcertantes golpes de efecto, presenta un tipo poco recomendable, un hereje, un samaritano, alguien a quien todos rechazaban.

“Al verlo le dio lástima”. El samaritano vio al herido y sintió compasión. La frase “le dio lástima” traduce el verbo griego que indica la conmoción interna de las entrañas. El samaritano interiorizó en sus entrañas el sufrimiento ajeno, lo hizo parte de él y lo convirtió en el principio de su actuación compasiva. Hay que subrayar que todo empieza por la mirada: “lo vio”. El hecho de ver le hace sentir misericordia. Para ello es preciso contemplar con el corazón abierto toda desgracia humana.

Lo que el samaritano ve es el espectáculo de un hombre deshecho. Las entrañas se estremecen cuando los ojos se abren ante el sufrimiento ajeno, cuando se atreven a mirar de frente, pero no superficialmente. No siempre la mirada provoca tales sentimientos como le ocurrió al sacerdote y al levita, quienes viendo a aquel hombre herido pasaron de largo. *“Se le acercó”*, pero para acercarse tuvo que bajar de su cabalgadura. El amor es siempre humildad. El amor se abaja, como Jesús en el lavatorio de los pies ante sus discípulos. El amor anula las distancias. El amor se despoja de sí mismo. Nadie puede amar si no se despoja del personaje, del orgullo, del prestigio, de las actitudes de superioridad. El encuentro con el otro es posible sólo para quien se abaja de la cabalgadura del orgullo, de la autoafirmación de sí y de la ambición de poder.

“Le vendó las heridas echándole aceite y vino”. El aceite y el vino se empleaban para curar las heridas, eran remedios medicinales y aquí expresan

el amor traducido en actos. Aceite y vino son signos de la abundancia y el consuelo de Dios. *“Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó”*. El hombre es conducido a un albergue, donde puede descansar y recuperarse de su caída. ¿Por qué se nos cuenta esto? Un albergue es lugar de reposo y tranquilidad, y en ese sentido es una imagen adecuada de la Iglesia, que no es una galería de santos, sino un hospital de pecadores. Está llena de pecado, porque en ella todos nos estamos recuperando de nuestras caídas.

“Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al dueño del alojamiento”. La generosidad del samaritano nuevamente nos impresiona como propia de Dios, y si eso es cierto, los dos denarios representan la riqueza que Dios dejó a su Iglesia, especialmente a través de los sacramentos. Ese es el poder que ella tiene para obrar la salvación del hombre, que no surge de ella misma, sino que proviene de Dios.

Y, al final de la parábola, Jesús da la vuelta a la pregunta: ¿“Quién de estos tres se hizo prójimo del herido”? El que tuvo compasión de él.» Jesús remacha el clavo: «Pues anda, haz tú lo mismo». El escriba que había preguntado a Jesús, tan sólo quería saber. Al final se encuentra con algo que hay que hacer. Quien se compromete con su prójimo tiene la vida eterna asegurada. Con esta parábola, Jesús nos pone de relieve de quién necesitamos hacernos prójimos, es decir, a quién tenemos que acercarnos y ayudar. La respuesta es clara: al caído, al herido, al hambriento, a aquel que es víctima de la injusticia del sistema que ha sido despojado de sus derechos de persona, y vive sin horizonte de vida...

El compromiso social

En esta parábola, podemos fijarnos en la religiosidad de los tres que vieron al herido. Para el sacerdote y el levita la religiosidad era ir al templo, participar en las ceremonias, rezar y cumplir otras normas, pero los demás les traían sin cuidado. Todavía hoy somos muchos los cristianos que nos contentamos con ir a la iglesia, rezar, cumplir ciertas normas y los demás “nos importan un comino”. Para el samaritano y para Jesús la religiosidad era, por encima de todo, hacer bien al hombre, porque todo lo que de bien o de mal hacemos al hombre se lo hacemos a Dios.

En el mundo hay muchos problemas. Y algunos los arreglan los Estados, pero siempre ha de haber lugar para la compasión. Un minusválido puede recibir una pensión y recibir una silla de ruedas; pero un minusválido, sin una mano

que le ayude a subir las escaleras, se quedará sentado en su silla de ruedas. Los ancianos tienen todas las comodidades en una residencia, pero en esa residencia pueden morir de tristeza. Y hay hijos que no tienen compasión ni de sus propios padres.

Jesús nos dice a cada uno de nosotros: «Sed compasivos como Dios es compasivo». «Dichosos los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia». En el mundo hay muchos caminos de Jericó. Y en esos caminos hay muchos heridos: jóvenes descontrolados y víctimas de traficantes sin conciencia, mujeres maltratadas, mujeres explotadas y engañadas por los bajos instintos, niños sin nacer amenazados de muerte, familias hundidas por bandidos que se las dan de personas honradas y andan por ahí tan campantes. ¡Hay tantas y tantas necesidades...!

Y estas necesidades tenemos que verlas. El sacerdote y el levita vieron al herido y, como si no lo vieran, pasaron de largo; se quedan en los ojos sin bajar al corazón. El samaritano vio y se compadeció. Prestó los primeros auxilios, dio su tiempo y su dinero, y estaba dispuesto a hacer todo lo que hiciera falta a favor de aquel necesitado, a pesar de que los samaritanos y los judíos eran enemigos y aquel necesitado era judío.

La parábola es tan clara que no necesita que le demos muchas vueltas. Lo único importante es el final: «Anda, haz tú lo mismo».

Mirar: Cuando éramos niños, era bastante frecuente escuchar: “no mires, mira al otro lado” cuando no se quería que viésemos algo que no fuese conveniente. Y hemos aprendido bien la lección; ¡vaya si hemos aprendido a mirar “para otro lado”!

Cuando vemos a alguien necesitado, nosotros miramos para otro lado.

Cuando vemos esa basura de nuestras calles, nosotros miramos para otro lado.

Cuando vemos que los hijos nos quieren hablar de algo, nosotros miramos para otro lado.

Cuando la esposa quiere compartir algún problema, nosotros miramos para otro lado.

Cuando alguien nos quiere pedir algún servicio, nosotros miramos para otro lado.

Cuando vemos a ese anciano que necesita que alguien le escuche, nosotros miramos para otro lado.

Cuando hay que dar cara por la verdad, nosotros miramos para otro lado.

Cuando hay que defender la justicia, nosotros miramos para otro lado.

Cuando es preciso defender al ausente porque están rajando de él, nosotros miramos para otro lado.

Cuando los hijos comienzan a salirse del camino, nosotros miramos para otro lado.

Cuando la familia se está destruyendo, nosotros miramos para otro lado.

Cuando la sociedad se está hundiendo en la cultura de la vulgaridad, nosotros miramos para otro lado.

Incluso cuando Dios comienza a hablarnos al corazón, nosotros preferimos mirar para otro lado.

¿En que consiste ser cristiano hoy en día?: Muchos nos damos por satisfechos con ser piadosos. Rezamos, oramos, comulgamos... Tenemos una relación muy buena con Dios, o eso es lo que creemos. ¿Será suficiente ser piadosos para ser buenos creyentes?

El Sacerdote “que bajaba por aquel lugar” era un hombre piadoso. Venía de Jerusalén, posiblemente de cumplir con los servicios del Templo. El Levita también venía de Jerusalén, posiblemente de hacer comentarios e interpretaciones de la ley. Sin embargo, fueron incapaces de detener su paso y acercarse al hombre caído y maltrecho del camino. Muy devotos de Dios, pero demasiado insensibles hacia el necesitado. A Dios se dirigían cada día de una manera directa, pero llegados al hombre herido, prefirieron “dar un rodeo y pasar de largo”. “Ojo que no ve corazón que no llora”.

Nuestra piedad puede ser un gran peligro. Puede llevarnos a la autosatisfacción de sentirnos bien con Dios, y asegurarnos así nuestra salvación, pero haciéndonos insensibles ante los problemas del hombre que tenemos a nuestro lado. La piedad y los actos piadosos son buenos, pero tienen el peligro de engañarnos. Tienen el peligro del individualismo religioso, de encerrarnos sobre nosotros mismos y en nuestra religiosidad, y de olvidarnos del compromiso con los demás.

Un hombre poco piadoso:

No sólo poco piadoso, sino pagano, infiel. Un samaritano.

También él pasa por el mismo camino. También él ve al hombre caído y descalabrado por unos bandidos.

Posiblemente rezaba poco. Pero su corazón se enterneció ante aquel desconocido herido en el camino. Posiblemente también él llevaba prisa por llegar a destino, pero la atención al hombre necesitado era más urgente que sus

prisas.

No se fijó si era judío o cualquier otro. Para él era un hombre.

No se fijó si era uno de los que no se hablaba con los samaritanos. Era un necesitado.

No se fijó si alguien lo veía. Le era suficiente que él pudiera verlo herido.

No pensó que con ello se ganaría el cielo. Sencillamente manifestó su amor al prójimo.

No se le veía mucho por la Iglesia. Pero se le veía vendando las heridas de los demás.

No era muy amigo de curas. Pero llevaba dentro el amor al prójimo.

No daba mucha limosna a la Iglesia. Pero no le dolió abrir la billetera y gastar lo que fuese necesario para curar al hombre herido.

No se preguntó si sería un hombre bueno o se había merecido la paliza. Sencillamente vio en él a un hombre.

No se preguntó si algún día le devolvería el favor. Le bastó saber que era un hombre y estaba en malas condiciones.

“La religión puede endurecer el corazón de muchas personas“... “Terminan por dar más importancia a sus observancias que al dolor y las humillaciones que padece la gente. No hay verdadero amor a Dios donde falta el amor al prójimo. Y mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar” (Benedicto XVI) El segundo mandamiento es igual al primero. ¿Lo sabíamos?

Y es que son demasiadas las veces que ponemos el centro de lo religioso en entender, aceptar, creer verdades. No es así. El centro no es el cerebro, sino el corazón. El centro no es la teoría sino el comportamiento. El secreto no es la erudición sino la con-pasión. Dios no es un enigma de naturalezas y personas, de procesiones y trascendencias. Dios es Abbá, es decir, Dios es amor. Y el amor no es entender, es sentir, conmoverse, acercarse, dar la mano, ser positivo, aceptar...

Preguntas para reflexionar:

- ¿Sabes realmente quién es tu prójimo?
- ¿Consideras que tu fe es como la de los piadosos? ¿Eres como el sacerdote o el levita, pasando de largo y “mirando hacia otro lado”? ¿O eres como el samaritano y te dejas tocar y te conmueves por el sufrimiento ajeno?
- ¿Cuántas veces has pasado al lado de personas que, como ese hombre

herido y abandonado, necesitan tu ayuda? ¿Cuántas veces sigues de largo tu camino y ni siquiera te detienes a pensar en su realidad?

- ¿Qué vas a hacer ante la llamada de Jesús «vete, y haz tú lo mismo»?
¿Estás dispuesto a ser ese buen samaritano?

2. Encuentro con la samaritana

Oración

Texto bíblico

«El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo y, por la alegría que le da, vende todo cuanto tiene y compra aquel campo» (Mt 13, 44)

Breve reflexión

[Que cada uno lo lea para sí mismo y deje unos minutos de silencio]

Es sugerente el término tesoro. Se supone que un tesoro es algo «desmesurado» que monopoliza toda mi atención y acapara y polariza todo mi ser. La palabra tesoro en este texto evangélico recuerda a aquel otro, también del Evangelio de San Mateo, en que Jesús nos invita a no atesorar tesoros en la tierra donde se echan a perder o los roban sino a hacer tesoros en el cielo, porque «donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón» (Mt 6, 21). Es fundamental, pues, preguntarnos cuál es nuestro tesoro para poder descubrir dónde está polarizado nuestro corazón, nuestra persona. Y Jesús nos muestra que el tesoro que no se apolilla, ni se corroe ni lo pueden robar apunta a todo lo que implica el Reino de los Cielos. Frente a otros supuestos «tesoros» vale la pena caer en la cuenta de la dinámica que genera el «tesoro» del Reino.

«La breve parábola sugiere, por lo pronto, la sorpresa de lo inesperado, es decir, está ligada más al don que al esfuerzo. Pero además es tal el hallazgo que todo lo que tengo pierde valor al lado de lo que he encontrado y eso me lleva a «vender todo lo que tengo». Y la señal de que sobrepasa todas mis expectativas es que este deshacerme de todo lo que tengo lo llevo a cabo «lleno de alegría»¹

Oración en común

Libremente, los miembros del equipo que lo deseen exponen en voz alta su petición, su acción de gracias, su intención de oración. . .

¹A. M. CHÉRCOLES, S.J., *Las Bienaventuranzas, corazón del Evangelio*, Mensajero, pág. 197

Para terminar la oración, dos opciones:

- Podéis escuchar esta breve canción (Sólo hay una cosa importante, de Gonzalo Mazarrasa):

*Solo hay una cosa importante, solo hay una cosa mejor:
conocer el Amor y el Amante, conocer al que te conoció.
Solo hay una cosa importante, solo hay una cosa mejor:
al final contemplar su semblante, y escuchar, al oído, su voz.
Solo hay una cosa importante: escuchar la Palabra de Dios,
caminar porque Él va delante, y llevar esa cruz que Él llevó
Solo hay una cosa importante, y es buscar siempre el Reino de Dios.
Lo demás se nos da por sobrante.
Todo es gracia, de Él todo es don; todo es gracia, de Él todo es don.*

- Podéis hacerlo leyendo todos juntos sin prisa esta oración:

*Señor Jesús, nos hemos reunido en tu nombre,
y sabemos por la fe, que estás en medio de nosotros
para enseñarnos como maestro, para curarnos como médico,
para guiarnos como pastor, para querernos como hermano,
para alegrarnos como fuente de agua viva que calma nuestra sed
Haznos sensibles a la acción de tu Espíritu que nos construye y
alienta.
Danos el coraje necesario para enfrentarnos a nuestra propia verdad.
Que no caigamos en la tentación de confundir la paz con la evasión,
la fidelidad con la rigidez, la franqueza con la agresividad,
el diálogo con la palabrería,
la aceptación mutua con la complacencia estéril,
la comprensión con la huida de los problemas,
la benevolencia con la falta de radicalidad.
Haz, Señor, que la reunión de hoy sea fecunda
y que al final del encuentro no nos quede otra deuda que el amor
mutuo.
Que nuestra fraternidad siga creciendo
hasta que no tengamos más que un solo corazón
y una sola alma, hasta que nos amemos unos a otros
como tú nos has amado.
Que podamos ser testimonio de tu unión con el Padre y el Espíritu
para que el mundo crea y se cumpla así el supremo anhelo
que te llevó a dar la vida por nosotros. Amén.*

Plan Personal de Vida

- Oración:
 - ¿Qué podría destacar sobre la oración este mes? ¿Tengo «sed de oración» o «apenas bebo»? ¿Cuál ha sido la principal dificultad en mi oración? En el fondo, ¿por qué es así y qué podría hacer sinceramente y con resolución para superarla? ¿Es sincera la «excusa» de la falta de tiempo? ¿He tenido presente al resto de los miembros del equipo y las alegrías y preocupaciones que expresaron en la reunión anterior?
- Personalización:
 - ¿Qué actitud concreta, qué comportamiento, incluso qué sentimiento –esa sutil amarra– «me mantiene en servidumbre» y me impide avanzar hacia «la perfección del amor»? Fíjate en una actitud concreta, una sola, pon tu mirada en ella y pídele al Señor que te ilumine para que con autenticidad descubras y aceptes su(s) causa(s). Quizá en el fondo te resistes porque si Jesús entrase allí en tu vida trastocaría bastantes cosas y, en verdad, uno no lo quiere. Hazla motivo de oración y pide al Señor que te acompañe para ir superándola. Muy concretamente, ¿qué me invita a hacer el Espíritu para ello?
- Misión:
 - Conviene tener claros los principios y los valores evangélicos, pero si no se encarnan en acciones concretas son vanos. Aquí y ahora, en mi situación personal actual, ¿qué compromiso sería conveniente y bueno que adquiriese? En el equipo, en mi familia, en el trabajo o en los estudios, en la parroquia, con mi pareja, con mis amigos. . .
- Participación en los equipos:
 - Si somos sinceros, a muchos nos cuesta en ocasiones asistir y participar en la reunión –incluso no la llevamos preparada o lo hemos hecho un rato antes–, ¿por qué? ¿sinceramente falta de tiempo? ¿Es una cuestión personal o hay algo en el equipo que debería cambiar? ¿Nos tomamos en serio la reunión de amistad? ¿Solemos hacerla o no le damos importancia? ¿Por qué no te fijas como una prioridad participar en la próxima actividad del movimiento?

Tema

[Las anotaciones a pie de página pueden ayudar a comprender un poco mejor y a preparar el texto para la reunión. Ahora bien, en ella, un miembro del equipo proclama la lectura sin hacer ninguna referencia a las notas para pasar, si se considera oportuno, directamente al tema. Para la lectura en la preparación de la reunión, os recomendamos lo siguiente: leer primero el texto de seguida sin las notas; en segundo lugar, volver a leerlo teniendo en cuenta las notas; en tercer lugar hacer otra(s) lectura(s) de nuevo de seguida: se leerá el texto en una nueva perspectiva]

En la narración del encuentro de Jesús con la mujer samaritana el evangelista san Juan se producen algunos saltos temáticos que pueden desconcertar en una primera lectura. Conviene tenerlo en cuenta. Es una forma de narrar habitual en el Evangelio de San Juan. Jesús vuelve a Galilea desde Judea y no lo hace dando el giro habitual de las caravanas de judíos que evitaban pisar la tierra hereje de Samaria. Como señala, J.L Martín Descalzo: «Tomó el camino más corto, como si tuviera una cita junto al pozo de Jacob»²

Juan 4, 5-42:

En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía.³ Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber.»⁴ Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida.

²«Samaria era realmente territorio enemigo para un judío. Los samaritanos eran una amalgama de los israelitas que se escaparon de las deportaciones sirias del 722 a.C. y de los colonos extranjeros, de mil razas, traídos por los asirios después de haber desvalijado y despoblado Palestina. Siete siglos después, la mezcla de sangres, de razas y aun de religiones, era total. Los israelitas puros abominan esta mezcla. (...) A ello se añade el que uno de los sacerdotes judíos, Manasés, acosado por Esdras huye y se refugia en Siquem, donde organiza un culto y un sacerdocio independientes de Jerusalén. Frente al monte Sion levanta otro templo en el monte Garizim. La construcción de ese templo señala la ruptura total entre Samaria y el resto de las rovincias judías» (J. L. MARTÍN DESCALZO, Vida y misterio de Jesús de Nazaret, Ed. Sígueme, págs. 417-418)

³La hora sexta, la hora del calor (sexta=siesta), el cansancio del caminar, la sed junto al pozo son elementos que el narrador predispone para operar con ellos.

⁴El diálogo va a ser un juego de pedir y rehusar, ofrecer y pedir; como peldaños para subir y saltar al plano superior del «don de Dios». Algún comentarista dice: como en la cruz, Jesús pide agua para luego darla. La mujer le miraría desconcertada: Jesús habla a una mujer y además samaritana. Llama la atención la libertad con que se mueve Jesús cuando trata de hacer el bien; este está por encima de cualquier costumbre o convencionalismo social. Jesús habla en público con una mujer, cosa que los rabinos no hacían. Jesús pide de beber a una samaritana, lo cual estaba prohibido. No sin cierta impertinencia, la mujer

La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva.» La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?»⁵ Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.»⁶ La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla.» Él le dice: «Anda, llama a tu marido y vuelve.»⁷ La mujer le contesta: «No tengo marido.» Jesús le dice: «Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad.»⁸ La mujer le dice: «Señor, veo

le echa en cara su condición judía.

⁵Lógicamente la mujer no entiende a qué agua se refería Jesús. Por «agua viva» se solía entender entonces el agua corriente, el agua de río en contraposición al agua estancada. ¡No se creará este hombre más que el patriarca Jacob! Este pozo está apagando la sed de generaciones desde el tiempo de Jacob. ¿Va él a ofrecernos algo mejor?

⁶«¿Qué está ocurriendo en este diálogo? ¿Qué dice uno y qué entiende la otra? Es el problema que planteaba ya la primera tentación de Jesús en el desierto: en este caso, *que no solo de agua vive la persona*. En efecto: mientras Jesús va remitiendo a que hay “otra agua”, ella sigue convencida que “solo de agua se vive”. Y en este sentido interpreta las palabras de Jesús: dámela para no volver al pozo una y otra vez. Pero es interesante caer en la cuenta de que todo empezó en un pedir agua para beber. Partiendo de esta primera necesidad, Jesús va dejándole caer que hay otras dinámicas tan irrenunciables como la sed fisiológica y que hay que preguntarse por ellas» (A.M. CHÉRCOLES, *Las bienaventuranzas, corazón del Evangelio*, pág. 165). Como se ve, en ello se centra el tema.

⁷«Justo en ese momento Jesús va a dar el salto explícito a “otro deseo” que como persona tiene, y que no acaba de estar resuelto. ¿A qué viene ahora esto del marido? pensaría la mujer. Y la reacción va a ser la que todos tenemos cuando nos tocan este tema y no acabamos de tenerlo resuelto: negarlo. La respuesta es rápida y escueta, como requieren las circunstancias: “No tengo marido”. Jesús no se inmuta y le sigue la corriente, no sin cierta ironía. En el fondo, habiendo tenido tantos, no tienes ni idea de en qué consiste “tener un marido”» (A.M. CHÉRCOLES, pág. 166).

⁸«La flecha ha dado en el blanco. No podemos suponer que una mujer joven hubiera quedado viuda cinco veces. Todo hace pensar que era mujer a la vez seductora y tornadiza. Conquistaba a los hombres igual que los abandonaba. Más de una vez ha sido repudiada por adulterio. Y por cinco veces ha encontrado a quienes se sintieran felices de caer en sus redes. Finalmente, ya es demasiado conocida en la región para encontrar quien la acepte por esposa» (J. L. MARTÍN DESCALZO, pág. 421) «Ante la evidencia, no tiene más salida que reconocerlo –“Señor, veo que eres profeta”– y la única salida es tirar balones fuera, cambiar de conversación» (A.M. CHÉRCOLES, pág. 166). Pero quizá lo hace así porque «Jesús ha puesto su alma al desnudo señalando su llaga y pronto vemos que su alma, tan baqueteada, está llena de inquietudes religiosas» (J.L. MARTÍN DESCALZO,

que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén.»⁹ Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Vosotros dais culto a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad.»¹⁰ La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo.» Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo.»¹¹

En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer, aunque ninguno le dijo: «¿Qué le preguntas o de qué le hablas?»¹² La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será éste el Mesías?». Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él. Mientras tanto sus discípulos le insistían: «Maestro, come.» Él les dijo: «Yo tengo por comida un alimento que vosotros no conocéis.» Los discípulos comentaban entre ellos: «¿Le habrá traído alguien de comer?»¹³ Jesús les dice: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su

pág. 421)

⁹«Hay un dato llamativo: la que va marcando el ritmo del diálogo es la mujer. Jesús siempre va por detrás: tan solo deja caer temas de los que la otra siempre se evade. Jesús nunca fuerza la conversación: si ella no quiere entrar y cambia de conversación, Jesús sigue con lo propuesto por la mujer» (A.M. CHÉRCOLES, pág. 167)

¹⁰El culto es válido si es expresión de una actitud profunda. El nuevo culto estará inspirado y guiado por Espíritu desde dentro del hombre. Los signos externos quedarán relativizados, que no anulados. Tal es la voluntad del Padre revelada por Jesús. Más aún, el nuevo templo es Jesús y Él vive en quien cree.

¹¹«Jesús se declara abiertamente. La fórmula “Soy yo” es una de las que se irán repitiendo a lo largo del evangelio, con predicado o sin él, cargándose de valor revelador (en ella puede resonar el “Soy yo” de la revelación a Moisés, Ex 3,14)» (L.A. SCHÖKEL, *Biblia del Peregrino. Nuevo Testamento*, pag. 242)

¹²Los discípulos entran en la escena. Del mismo modo que con la mujer, surge la incompreensión ante las palabras de Jesús. Al igual que con el agua y la sed, frente a la comida que sacia momentáneamente, Jesús trae otro alimento, del cual también en este momento de una forma más o menos indirecta invitará a «comer» a sus apóstoles y con ellos a nosotros.

¹³«Ellos se miraron unos a otros desconcertados, preguntándose, dentro de sí, qué comida le habría traído aquella mujer. Olvidaban que *no solo de pan vive el hombre y que la comida de Cristo era cumplir la voluntad del que le había enviado*. Por eso no podían ni sospechar que Jesús se sintiera suficientemente saciado con la alegría de aquella mujer iluminada que, a aquella misma hora, corría hacia la ciudad voceando su gozo. Sí, porque se había convertido de repente en apóstol» (J.M. MARTÍN DESCALZO, pág. 422).

obra. ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha? Yo os digo esto: Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega; el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna: y así, se alegran lo mismo sembrador y segador. Con todo, tiene razón el proverbio: Uno siembra y otro siega. Yo os envié a segar lo que no habéis sudado. Otros sudaron, y vosotros recogéis el fruto de sus sudores.»

En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: «Me ha dicho todo lo que he hecho.» Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo.»¹⁴

El cristiano en una sociedad opulenta y consumista

El diálogo que mantiene Jesús con la mujer samaritana y que continúa con sus apóstoles una vez esta ha marchado nos presenta frente al agua que calma nuestra sed fisiológica y al alimento que sacia nuestra hambre, otra «agua» y otro «alimento». Hambre y sed nos sitúan ante el deseo primero, el más básico, que todos tenemos y que es necesario ver satisfecho para poder sobrevivir.¹⁵ No obstante, somos conscientes que vivimos en una sociedad que

¹⁴«Su anuncio es asombrosamente eficaz. Los samaritanos la miraban desconfiados al principio: “¿Qué nueva locura le ha dado a esta mujer”. Pero aunque solo fuera para reírse, la escucharon. Y les impresionó. (...) Y como todos ellos llevaban dentro –igual que ella– la espina de una gran esperanza, pensaron que, a lo mejor, aquella loca tenía razón. Y pidieron a Jesús que se quedase entre ellos. Y el amor derribó todas las fronteras. De pronto, se olvidaron de que eran samaritanos y de que él era judío. Los prejuicios, los odios de generaciones, se fueron arrastrados por el viento. Si a cualquiera de ellos le hubieran contado esto ocho días antes, habría respondido que eso era imposible» (J.L. MARTÍN DESCALZO, pág. 423).

¹⁵Es conveniente tener en cuenta una cuestión que a veces es fuente de cierta controversia: ¿antes el «pan» material o el «pan» espiritual? «Al día siguiente de la multiplicación de los panes, cuando la gente encuentra a Jesús al otro lado del lago, les echa en cara que lo “buscan” solo porque habéis comido de los panes y os habéis saciado. Ante esta queja de Jesús podríamos argumentarle. “¿Por qué les has dado de comer si después iban a quedarse en la mera satisfacción de esta necesidad?”. Porque hay que empezar por dar de comer –¡no soportaba el hambre ajena!-. Sin embargo, Jesús no se queda en la mera satisfacción. El hambre primordial no se agota en la satisfacción irrenunciable de alimentarse: hay que descubrir un significado – señal– que va más allá: no solo de pan vive el hombre. [...] Jesús empieza por darles de comer, porque, como no empiece por ahí, se queda sin la persona. Pero su vida no se reduce a la “necesidad”. Es decir, en la fe cristiana todo es importante: lo que no puedo es reducir mi respuesta a la mera necesidad, cuando la persona es totalidad: ninguna de sus parcialidades la agota, ni las meras necesidades la llenan; como

ha multiplicado enormemente de forma artificial los deseos y las necesidades. Nuevas «aguas» y nuevos «alimentos», muchos de los cuales se nos presentan como imprescindibles para ser felices. Y un cristiano inserto en el mundo, sin menospreciar todo lo bueno que esta sociedad nos da, ha de saber discernir en su vida y estar atento para que no nos suceda como a aquellos a quienes se dirigía el profeta Jeremías: «me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados, que no retienen el agua» (Jr 2,13).

El mundo de nuestros deseos es muy complejo. No es este el lugar de analizarlo con detenimiento. Pero vamos a mirarnos con la mayor sinceridad posible: ¿cuáles son los deseos que persigo cuya satisfacción supongo que va a proporcionarme la felicidad? ¿hasta que punto soy víctima sin darme cuenta de una sociedad –que también contribuyo a construir– que ha hecho del consumo compulsivo uno de sus máximos valores y que ha creado necesidades superfluas que me «exige» satisfacer para estar a gusto conmigo mismo? Ya solo un análisis de la publicidad que nos ametralla cada día bastaría para caer en la cuenta de ello.

«Somos un puñadito de deseos», como suelen decir algunos, nos guste o no, y siempre lo seremos. Forma parte de la estructura más íntima de nuestro ser. «Los deseos –al igual que los afectos– constituyen, de hecho, un elemento esencial de la vida psíquica, intelectual y espiritual, y son la fuente de toda actividad; a primera vista, y a los ojos de una racionalidad formal, parecen constituir un conjunto caótico y complicado; sin embargo, remiten a realidades fundamentales y necesarias que dan sabor a la vida, porque la hacen interesante, “gustosa”»¹⁶

Si de repente desaparecieran del todo de nuestra vida los deseos, podríamos decir que estamos estaríamos enfermos.¹⁷ Es verdad que abandonarse caprichosamente a cualquier deseo puede llevarnos a una vida caótica y presa de los impulsos y que el deseo en el que se ha puesto el corazón y se frustra conlleva sufrimiento. Pero el deseo bien dirigido proporciona a nuestra vo-

mucho pueden dejarla “harta”» (A.M. CHÉRCOLES, S.J., *Las bienaventuranzas, corazón del Evangelio*, pág. 173).

¹⁶GIOVANNI CUCCI, S.J., *La fuerza que nace de la debilidad. Aspectos psicológicos de la vida espiritual*, Sal Terrae, págs. 35-36.

¹⁷Algunas espiritualidades fijan la felicidad en la anulación o extinción total de todo deseo buscando así conseguir un estado de paz del espíritu. Pensemos, por ejemplo, en el budismo, que aspira a la imperturbabilidad absoluta extinguiendo el deseo, considerado como causa del sufrimiento y del mal. Cabe preguntarse si dicha extinción es acorde a lo que el hombre verdaderamente es.

luntad calor, contenido, imaginación, juego, frescura y riqueza. La voluntad, por su parte, proporciona al deseo autodirección y madurez y lo tutela. Pero sin deseo la voluntad pierde su savia, su vitalidad. Si tan solo se da la voluntad sin el deseo, nos hallamos ante el individuo legalista, frío, voluntarista, atento única y exclusivamente al deber, incapaz de gustar y gozar de la propia vida.¹⁸ Si tan solo se da el deseo sin la voluntad, estamos ante el individuo caprichoso e inmaduro incapaz de proyectar su vida de forma seria.

Pero, ¡atención!, la experiencia del deseo es tramposa porque el mundo de los deseos no es un mundo claro y simple e incluso somos vagamente conscientes de que ignoramos nuestros deseos más secretos. Y eso, nuestra sociedad consumista lo tiene perfectamente estudiado.

«Cuando deseamos vehemente algo –y todo deseo tiene algo de vehemente–, nos absorbe y creemos que eso que deseamos va a dar respuesta a nuestra persona y, cuando lo hemos conseguido, generalmente nos deja frustrados y tiene de nuevo que dinamizarnos otro deseo. Esto lo sabe nuestra sociedad de consumo, y antes de que llegue su “extinción” –¡todo lo que se puede consumir está llamado a extinguirse en la satisfacción!– ya tiene preparado el siguiente anzuelo. El problema es que esta dinámica repetida va a dejarnos “hartos”»¹⁹

La gran coartada de la sociedad de consumo está en la convicción de que el ser humano es un ser-de-necesidades, y lo es; pero no es solo eso. Si lo reducimos a sus necesidades y deseos, terminará harto. Esta es la gran tentación de nuestra sociedad de consumo: hacernos creer –hacernos «alucinar»– que si no satisfacemos las innumerables «necesidades» que nos ofertan –la inmensa mayoría, creadas artificialmente–, seremos unos desgraciados. «Este es uno

¹⁸Aunque pueda parecer exagerado, hay cristianos que responden a esta descripción: «Para la persona rígida no tiene sentido el simple interés. Hacer algo por el placer de hacerlo es una peligrosa auto-indulgencia. Ver la televisión, leer una novela o echar un vistazo a las fotos del verano pasado es una pérdida de tiempo. Relajarse significa holgazanear, divertirse es apoltronarse. Cuando una persona rígida se propone una cosa porque es justa, válida y generosa, no la impulsa la belleza de la cosa, la generosidad o el aprecio por la justicia, sino el deber, que la obliga a hacer algo bello, generoso, justo [...] Si programo un viaje, me permitiré hacerlo cuando lo vea como un deber que debo cumplir. De este modo, evito el sentimiento que me dice que ese viaje era una frivolidad y una pérdida de tiempo. Es más, cuanto menos ganas tengo de hacerlo, mayor será su mérito [...] La persona que ora por deber no busca la relación con Dios [...] sino que quiere sentirse tranquila [...] No le interesa trabajar para producir cosas que tengan sentido, sino que trabaja para decirse a sí misma que ha trabajado [...] La consecuencia es que uno se siente hastiado de la vida» (GIOVANNI CUCCI, S.J., págs. 37)

¹⁹A.M. CHÉRCOLES, S.J., *Las bienaventuranzas, corazón del Evangelio*, pág. 161.

de los callejones sin salida en el que estamos metidos, y que Pascal Bruckner, en su libro *La euforia perpetua*, denomina “la obligación de ser feliz”. Esta “obligación” es una carga insoportable, porque la felicidad es don y sorpresa, no obligación [...] Las sucesivas frustraciones que experimentamos en nuestros compulsivos consumos no nos frenan»²⁰

Como otro autor nos advierte: «Si no tenemos la honradez de mirar de frente a nuestros deseos y no aprendemos a desear de un modo apropiado, estaremos sometidos a su dominio y seremos, por tanto, sus prisioneros. Esto resulta particularmente difícil en una sociedad entregada a cultivar el deseo. Nuestra sociedad se está muriendo, no por la escasez, sino por el exceso de deseo. Toda la publicidad nos anima a desear más, sin límites, hasta el infinito. Quizá el deseo sexual desenfrenado es tan solo un síntoma de la invitación a mirar el mundo como algo que hay que tomar y consumir»²¹ «Mirar el mundo como algo que hay que tomar y consumir»: el papa Francisco, muy sensible a la cuestión ecológica, nos define muy bien esta sociedad consumista y nos invita a apostar por otro estilo de vida:

«Dado que el mercado tiende a crear un mecanismo consumista compulsivo para colocar sus productos, las personas terminan sumergidas en la vorágine de las compras y los gastos innecesarios. El consumismo es el reflejo subjetivo del paradigma tecnoeconómico [...]. Tal paradigma hace creer a todos que son libres mientras tengan una supuesta libertad para consumir, cuando quienes en realidad poseen la libertad son los que integran la minoría que detenta el poder económico y financiero [...] Cuando las personas se vuelven autorreferenciales y se aíslan en su propia conciencia, acrecientan su voracidad. Mientras más vacío está el corazón de la persona, más necesita objetos para comprar, poseer y consumir. En este contexto, no parece posible que alguien acepte que la realidad le marque límites [...] Un cambio en los estilos de vida podría llegar a ejercer una sana presión sobre los que tienen poder político, económico y social. Es lo que ocurre cuando los movimientos de consumidores logran que dejen de adquirirse ciertos productos y así se vuelven efectivos para modificar el comportamiento de las empresas, forzándolas a considerar el impacto ambiental y los patrones de producción. Es un hecho que, cuando los hábitos de la sociedad afectan al rédito de las empresas, estas se ven presionadas a producir de otra manera. Ello nos recuerda la respon-

²⁰A.M. CHÉRCOLES, S.J., *Las bienaventuranzas, corazón del Evangelio*, pág. 162.

²¹T. RADCLIFFE, tomado de GIOVANNI CUCCI, S.J., págs. 55. Respecto a esta última afirmación, ¿hasta qué punto no hay una mentalidad consumista, de satisfacer el deseo sin ningún tipo de compromiso, en el comportamiento afectivo y sexual de muchos jóvenes?

sabilidad social de los consumidores. “Comprar es siempre un acto moral, y no solo económico” »²²

El texto evangélico del encuentro de Jesús con la mujer samaritana es paradigmático a respecto al tema que nos ocupa. Jesús, cansado del camino, pide de beber. Necesita saciar un deseo básico, más bien, una necesidad. A partir de él, hace descubrir a la mujer que hay una sed más profunda que sólo Él sacia. Quiere despertar en la mujer esa sed, quizá apagada por los avatares de su vida. Se le va descubriendo para mostrarle que está buscando saciar esa sed profunda en pozos de agua de mala calidad.

«Todo empezó por un vaso de agua y ha terminado con la revelación del “Soy yo”, pasando por los “cinco maridos”. Es la dinámica del deseo que nos describía Freud: el más primitivo es el hambre-sed, haciéndose más complejo y rico, para terminar en la meta de todas nuestras búsquedas que San Agustín plasmó en sus Confesiones en su célebre frase: “Tú impulsas a que deleite el alabarte, ya que nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” »²³

En Evangelio de San Juan, el motivo de la sed vuelve a aparecer más adelante: «El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús, puesto en pie, gritó: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba, el que cree en mí –como dice la Escritura– de su seno correrán ríos de agua viva. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él» (Jn 7, 37-38). Si Jesús aquí y en el texto de la samaritana se nos ha presentado como agua viva, ahora nos dice que solo «si alguno tiene sed» podrá beber de esa agua. Y es que, «no es posible que beba el que está “harto”. En una sociedad “harta” como la nuestra, ¿hay posibilidades de sentir sed? [...] El que no tiene hambre ni sed, el satisfecho, no necesita nada. Se atrofia en nosotros el dinamismo y surge el pasotismo como única consecuencia. Es urgente que demos nombre a nuestras “harturas” que imposibilitan la sed, el dinamismo de la persona»²⁴

El autor del que se ha tomado la cita anterior expone al respecto una anécdota personal muy significativa: «Para plasmar lo que estamos diciendo, quiero concretarlo en un “cuento” que, por desgracia, no es mera ficción. Me en-

²²FRANCISCO, Lautado Si', n. 203-206.

²³A.M. CHÉRCOLES, S.J., *Las bienaventuranzas, corazón del Evangelio*, pág. 167.

²⁴A.M. CHÉRCOLES, S.J., *Las bienaventuranzas, corazón del Evangelio*, pág. 170. Pensemos también en la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro que pide a su puerta (Lc 16, 19-31). El rico, encerrado en sus propias «necesidades» no se entera de lo que ocurre en la puerta.

cuentro al cabo de cinco años con un matrimonio al que casé y que no había vuelto a ver y me entero que tienen una hija de tres años. Me invitan a comer. Al llegar, la acogida de la niña acapara toda mi atención con sus preguntas hasta que me dice: “Vente a mi cuarto” y, cogiéndome de la mano, abre la puerta: ¡hay muñecas hasta en el techo! Y yo me digo: “¡Qué lío tendrá esta niña en su cabeza!”.

En efecto, cuando la niña se encontró con la primera muñeca y empezó a hacerse una idea de qué podía significar eso para ella, llegó el “tito” de turno con otra que, sin más, sustituyó a la primera... y así sucesivamente van acumulándose las muñecas, y la madre, para quitarlas de en medio, las va “colgando” porque resultan decorativas... Pero me pregunto: “¿Cuál es su muñeca”? ¿Con qué muñeca ha jugado? ¿No decimos que es tan importante el juego? –¡y lo es!–; pero ¡si no la han dejado jugar!, tan solo le han posibilitado acumular a lo bestia...”. Y lo más importante: no ha podido crear lazos duraderos con ninguna, descubriendo algo clave para la vida. Lo valioso lo encontraremos no en el consumo –que se extingue con la satisfacción– sino en el compromiso que nos liga personalmente, dándonos un sentido para vivir. Aquella acumulación de muñecas la llevaba a “pasar” de todas. Ninguna tiene para ella un valor personal que la destaque entre las demás. No ha podido descubrir que el valor no es algo que la cosa lleva en sí, sino en los “lazos” personales que creamos con ella. Esto, trágicamente, favorecerá que siga colgando “maridos”..., que no pueda descubrir que lo que meramente se consume no puede crear “lazos duraderos” sino que “está llamado a extinguirse en la satisfacción”... »²⁵

Una consecuencia funesta de la abundancia excesiva –como el caso anterior de las muñecas–, del tenerlo todo aquí y ahora, generalmente sin coste alguno y hasta sin esfuerzo, además de la anestesia de nuestras conciencias es que terminamos por no reconocer el valor de las cosas –también en sentido afectivo– y de ese modo corremos el peligro de ponerlo todo al mismo nivel. Y ello conduce a perder de vista algo fundamental para el cristiano: la gratuidad de las cosas, su carácter de don y, por lo tanto, el sentido de la gratitud –saber dar gracias– en que hunde sus raíces nuestra condición de criaturas. Reconocernos criaturas nace de la constatación de que la vida no es algo que nos sea «debido»; más aún, que habríamos podido perfectamente no existir; el sentido de la gratitud nace del estupor que produce el hecho de estar en el mundo, lo cual nos hace ver todo cuanto caracteriza nuestra vida, no desde la óptica de la posesión y el consumo, sino desde la óptica del don, del regalo

²⁵A.M. CHÉRCOLES, S.J., *Las bienaventuranzas, corazón del Evangelio*, pág. 171.

recibido.

Conviene educar nuestros deseos, aclararse con ellos, tener clara la jerarquía de lo que queremos, ser vigilantes ante los riesgos del consumismo, discernir con clarividencia evangélica lo bueno y lo malo para optar por lo mejor para que no matemos el deseo de Dios –y con él la sensibilidad hacia nuestros hermanos más desfavorecidos– cuya agua sacia de verdad con lo que la sociedad nos propone como el camino de la auténtica felicidad, que tarde o temprano se manifiesta frustrante por hartazgo. Y no es lo mismo estar «harto» que estar «lleno». «Detrás de todo deseo, que reducimos a mera satisfacción, hay una insatisfacción que nos abre a ir más allá de la necesidad –que en algunos casos es real y hay que satisfacer– sino queremos quedar hartos. El deseo humano no se agota en la satisfacción sino que está llamado a dinamizarnos, a darnos un sentido»²⁶

Frente a la sociedad consumista, el cristiano está llamado también a manifestar una espiritualidad y, como ya se señaló, un estilo de vida. El Papa Francisco de nuevo nos ilumina con su magisterio:

«La espiritualidad cristiana propone un modo alternativo de entender la calidad de vida, y alienta un estilo de vida profético y contemplativo, capaz de gozar profundamente sin obsesionarse por el consumo. Es importante incorporar la vieja enseñanza, presente en diversas tradiciones religiosas, y también en la Biblia. Se trata de la convicción de que “menos es más”. La constante acumulación de posibilidades para consumir distrae el corazón e impide valorar cada cosa y cada momento. En cambio, el hacerse presente serenamente ante cada realidad, por pequeña que sea, nos abre muchas más posibilidades de comprensión y de realización personal. La espiritualidad cristiana propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco. Es un retorno a la simplicidad que nos permite detenernos a valorar lo pequeño, agradecer las posibilidades que ofrece la vida sin apegarnos a lo que tenemos ni entristecernos por lo que no poseemos. Esto supone evitar la dinámica del dominio y la mera acumulación de placeres.

La sobriedad que se vive con libertad y conciencia es liberadora. No es menos vida, no es una baja intensidad sino todo lo contrario. En realidad, quienes disfrutan más y viven mejor cada momento son los que dejan de picotear aquí y allá, buscando siempre lo que no tienen, y experimentan lo que es valorar cada persona y cada cosa, aprenden a tomar contacto y saben gozar

²⁶A.M. CHÉRCOLES, S.J., *Las bienaventuranzas, corazón del Evangelio*, pág. 173.

con lo más simple. Así son capaces de disminuir las necesidades insatisfechas y reducen el cansancio y la obsesión. Se puede necesitar poco y vivir mucho, sobre todo cuando se es capaz de desarrollar otros placeres y se encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio, en el despliegue de los carismas, en la música y en el arte, en el contacto con la naturaleza, en la oración. La felicidad requiere saber limitar algunas necesidades que nos atontan, quedando así disponibles para las múltiples posibilidades que ofrece la vida»²⁷

El tema que estamos tratando lo habremos reflexionado seguramente más de una vez pero es mucho más importante de lo que en ocasiones pensamos. El consumo más o menos compulsivo, la «sed» de tener, de poseer, la facilidad para «saciar» cualquier deseo, nos suele dejar «hartos» e impide «llenarnos» de lo que verdaderamente vale la pena. A los cristianos se nos pide un testimonio de autenticidad que haga ver al mundo que Jesucristo no es una opción más en el mercado sino el único que puede «llenar» nuestra vida.

Preguntas para reflexionar:

Posiblemente la lectura del tema y sus sugerencias –sus preguntas más o menos explícitas– pueden ya de por sí dar lugar a un diálogo. Pero lanzamos alguna pregunta más –que hemos de intentar responder lo más concretamente posible– por si no es así: ¿en qué soy especialmente víctima de la sociedad consumista? ¿En qué afecta todo ello a mi relación con las personas que me rodean (padres, familia, pareja, amigos, compañeros de trabajo o estudios...)? ¿las trato a veces como «objetos» para satisfacer mis necesidades? ¿por qué crees que en tu caso el consumismo voraz puede o podría apagar tu sed de Dios e insensibilizarte frente a la injusticia y a los hermanos más necesitados? ¿cómo puedo «vacunarme» frente a ello?

²⁷FRANCISCO, *Laudato si'*, n. 222-223

3. Parábola de los talentos

Oración

Señor, vengo aquí a ofrecerte todos mis talentos. Te los pongo encima de la mesa, para que me ayudes a descubrirlos, a cultivarlos y a ofrecerlos a los demás.

Tú me has mandado a servir y para ello tengo que desenmascarar la vergüenza, que no me importe el qué dirán, fuera los prejuicios y centrémonos en el hacer. Aquí y ahora. No lo pospongamos. Señor, dame fuerzas para dejar la pereza a la sombra. Lléname de ilusión, de paciencia y de fuerzas para con mis talentos poder sembrar un poquito de ti en el mundo. Amén.

Plan Personal de Vida

- Oración:
 - ¿Cuánto tiempo dedicas a la oración?
 - ¿Crees que orando podemos llegar a mejorar nuestra fe y a nosotros mismos?
 - ¿Has encontrado algún momento y lugar especial en donde entrar en silencio y hablar con Dios?
- Misión:
 - ¿Ofreces a los demás tus virtudes y ayudas en lo que se te da bien?
 - ¿Te das cuenta de lo que necesitan los demás e intentas apoyarlos?
- Personalización:
 - ¿Dedicas parte de tu tiempo a mejorar en desarrollar aspectos de ti que te puedan diferenciar?
 - ¿Te preocupas en conocer cuáles son tus virtudes y talentos?
- Participación en los equipos:
 - ¿Colaboras en los equipos de tu ciudad para mejorar tu experiencia y la de los demás en ellos?
 - ¿Preparas las reuniones lo suficiente como para que cada una de ellas pueda tener un impacto en tu manera de pensar y actuar?

Tema

Mateo 25, 14-30:

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: Un hombre que se iba al extranjero llamó a sus siervos y les encomendó su hacienda: a uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual según su capacidad; y se ausentó. Enseguida, el que había recibido cinco talentos se puso a negociar con ellos y ganó otros cinco. Igualmente el que había recibido dos ganó otros dos. En cambio el que había recibido uno se fue, cavó un hoyo en tierra y escondió el dinero de su señor. Al cabo de mucho tiempo, vuelve el señor de aquellos siervos y ajusta cuentas con ellos. Llegándose el que había recibido cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes otros cinco que he ganado. Su señor le dijo: ¡Bien, siervo bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. Llegándose también el de los dos talentos dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes otros dos que he ganado. Su señor le dijo: ¡Bien, siervo bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. Llegándose también el que había recibido un talento dijo: Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste. Por eso me dio miedo, y fui y escondí en tierra tu talento. Mira, aquí tienes lo que es tuyo. Mas su señor le respondió: Siervo malo y perezoso, sabías que yo cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí; debías, pues, haber entregado mi dinero a los banqueros, y así, al volver yo, habría cobrado lo mío con los intereses. Quitadle, por tanto, su talento y dáselo al que tiene los diez talentos. Porque a todo el que tiene, se le dará y le sobrarán; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Y a ese siervo inútil, echadle a las tinieblas de fuera. Allí será el llanto y el rechinar de dientes.

Esta es la historia de un gran rey que se fue de viaje y puso en manos de sus criados toda su fortuna: era un hombre generoso y decidido. Pero no la distribuyó a partes iguales, dió a cada uno según su capacidad o según su gusto: a uno le encomendó cinco talentos, a otro dos y uno a un tercero. En los tres casos eran verdaderas fortunas con las que se podían hacer suculentos negocios. Y ocurrió que, mientras los dos primeros criados se pusieron a trabajar y a sacarle rendimiento a sus capitales, el tercero se llenó de vacilaciones y escrúpulos: por un lado no tenía muchos deseos de trabajar, por otro prefería su cómoda pobreza al riesgo de invertir.

¿Y si fracasaba en sus negocios y perdía lo que el señor le había encomendado? Optó por la seguridad y enterró cuidadosamente bajo tierra su talento y se sentó a esperar. Para justificarse a sí mismo se dijo que no debía jugar con su amo, que era muy exigente. Lo era, efectivamente. Pero era también generoso y magnánimo. Mas él sólo había visto la cara dura de su dueño. Lo había confundido con un faraón temible. Conocía su rigor, desconocía todo el resto del corazón de su amo. Y se dejó llevar por el demonio de la lógica: si él devolvía a su amo exactamente lo que el amo le había entregado, obraría con él en plena justicia. Se le podía exigir que no lo malbaratase, pero no más. Con devolverlo limpio él habría cumplido.

Un día el amo regresó. Y premió ampliamente tanto al que con cinco talentos consiguió otros cinco como al que le devolvía cuatro habiendo recibido dos. Pero todo fue distinto para el criado "prudente". Al amo-Dios no le gustó el hecho de que le devolvieran íntegro lo que había entregado. Porque él no amaba el dinero, sino el esfuerzo por multiplicarlo. ¿Hubiera preferido el riesgo? ¿Habría elegido, incluso, la posibilidad de que el criado fracasara y perdiera su talento? Sí, todo menos aquella frialdad de un corazón que renuncia a todo. Por eso condenó al criado inútil. El frío para quien elige el frío. A los demás, en cambio, el gran premio: Entra en el gozo de tu Señor. El dirigir cinco o dos ciudades no es un gran premio. El premio es hacerlo junto a Dios, que es gozo, es vida, es riesgo.

Nuestros talentos

Esta parábola es un llamamiento de Jesús para dejar atrás todo tipo de miedo o prejuicios y sacar nuestros talentos hacia fuera. Podemos entender la palabra talento como nuestra fe y nuestro entendimiento de la palabra del Evangelio, o como lo potencial, en el sentido de que una persona dispone de una serie de características y aptitudes que puede o no llegar a desarrollar a un ritmo mayor o menor en función de diversas variables que se pueda

encontrar. Cualquiera de los dos entendimientos encajan, y al entender la parábola podremos aplicar este conocimiento a nuestra vida.

En primer lugar, al poseer el don de conocer la fe en Dios, y dejar que circule por nuestra vida y nuestras relaciones como una fuerza que renueva y purifica, compartiéndola con los demás, notaremos como nuestra fe, y la de los demás, crecerá, al igual que los talentos de los dos primeros siervos. En cambio, si la escondemos al igual que el último siervo, ésta irá perdiendo fuerza. Y es que compartiendo con los demás experiencias, conocimientos y talentos nos mejoramos a nosotros mismos y aumentamos nuestra fe, haciendo referencia a la segunda manera de comprender la parábola.

El talento entendido como potencial es algo que se puede tener, no es algo que se tenga o no se tenga, por lo que debemos empezar tratando de **DESCUBRIR** cuáles son nuestros talentos. Esos talentos se pueden llegar a desarrollar, por ello, es necesario **CULTIVAR** ese potencial. Por último, como cristianos, esos talentos no deben quedarse para nosotros, es necesario **OFRECER** los talentos para poder construir entre todos un mundo mejor y mejorar nosotros mismos.

Descubrir, cultivar y ofrecer son las etapas que debemos seguir para desarrollar en plenitud nuestros talentos, pero estas etapas son simultáneas, es decir, tú puedes empezar a ofrecer tu talento a medida que lo vas cultivando, y vas descubriendo otros nuevos, porque Dios no nos da un talento a cada uno, a unos da cinco, a otros tres, y siempre hay que estar en el desarrollo de todos ellos: **DESCUBRIR, CULTIVAR Y OFRECER**.

- Descubrir: El Señor nos ha dado diferentes talentos a cada uno de nosotros. No todos somos válidos para todo, ni tenemos que tener las mismas cualidades que los demás. Al igual que tú puedes ser bueno para dibujar, tú hermano puede serlo para bailar. No obstante, si todo el mundo tuviera los mismos talentos, tendría a su vez las mismas carencias. Lo que a ti no se te da bien, se le dará a tu compañero. Podemos ser la paciencia que le falta al impaciente, el camarero que le falta al cocinero o el fotógrafo que le falta al artista. Por esto, tenemos que descubrirnos a nosotros mismos, pensar con optimismo que valemos, que tenemos la suerte de ser hijos de Dios, y que somos valiosos por los dones que Él nos ha dado. Para descubrir nuestros talentos tendremos que servir a los demás y a su vez buscar nuestra felicidad. Si algo no nos sale bien tendremos que seguir buscando qué podemos hacer para dejar huella. Quien diga que no tiene ningún talento está equivocado,

cada uno ha venido al mundo por algo, para servir y para ser manos y pies de Dios en la Tierra.

- Cultivar: A medida que vas descubriendo tus propios talentos, debes intentar dar lo mejor de ti. Tienes que entender que, si Dios ha depositado algo en tu vida, lo tienes que desarrollar, lo tienes que usar y no esconderlo. ¿Sabes por qué ha puesto Dios ese talento en tus manos? El Señor te conoce, sabe de tus limitaciones y tus capacidades, y, por ello, no va a poner en tus manos algo que no eres capaz de conseguir. Pero ¿qué pasa si no somos capaces de desarrollar nuestro talento? Aquí tenemos que tener claro que hay algo que falla. Empieza por plantearte: ¿De verdad estoy poniendo todo mi esfuerzo en desarrollar este talento? ¿hay algo más que podría hacer? Muchas personas ponen de pretextos un sin fin de excusas por las cuales no se sienten capaces de desarrollar determinados talentos. Veamos algunas de las más comunes:
 - “Es que me da vergüenza”: Esta es una de las excusas más comunes, la pregunta sería: ¿Le dio vergüenza a Jesús morir por ti?
 - “Es que no puedo”: Muchos se excusan en que no pueden desarrollar un talento determinado, pero Dios sabe que puedes, porque te conoce, y si Dios te llama, Dios te capacita y si Dios te capacita, entonces Dios te respaldará.
 - “Es que Dios no me ha dado ningún talento”: Sin duda esta excusa no es válida pues Dios ha depositado en TODOS nosotros diferentes talentos. Todo está en saber esperar en Dios y pedirle sabiduría para que te ilumine y te des cuenta cuál es tu talento.
 - “Es que otros lo hacen mejor que yo”: Una cosa tienes que entender, el Señor sabe que tú puedes construir un mundo mejor con los talentos que ha puesto en ti. Es posible que haya quién lo haga mejor, pero no por ello vas a dejar de hacer un mundo mejor al hacerlo tú también.
 - Otras excusas más como: “mi familia no me apoya”, “no tengo tiempo”, “el trabajo me quita mucho tiempo”, “nadie cree en mí”, etc. Todo esto son excusas, pues si de verdad Dios ha puesto en ti el talento, es porque eres muy capaz de desarrollarlo.

También hay veces que, a pesar de poner todo nuestro esfuerzo, no conseguimos ir hacia delante en nuestro propósito de desarrollar nuestro talento, y no pasa nada. No siempre descubrimos los talentos a la

primera, en ocasiones, cuando cultivamos un talento, nos damos cuenta de que no es el que nosotros pensábamos, pero no por ello debemos decaer, hay otros talentos esperándonos, y a veces, descubrimos un nuevo talento al tratar de desarrollar otros.

Lo más importante es: Debemos tratar de buscar el mayor rendimiento a nuestros talentos. Hay veces que nos saldrá mal y perderemos, pero hay otras muchas en las que ganaremos talentos nuevos que no conocíamos. En cualquier caso, el conformismo no puede ser la opción, no debemos enterrar nuestro talento, pues probablemente, con el paso del tiempo, nos lo quitarán y lo perderemos.

- Ofrecer: Todos los talentos los recibimos por un motivo, y no es el de enterrarlos en un lugar y no mostrarlos. Muchos piensan que para que su vida sea justa o feliz, lo que tienen que hacer es pasar por ella intentando no molestar a nadie, viviéndola muy cómodamente o basándose en el ocio. Pero lo que provoca es una felicidad aparente, que va desapareciendo con el tiempo, y además provoca que enterremos dichos talentos que Dios nos ha dado, mostrándonos únicamente dentro de las puertas de su casa, o incluso no cultivándolos nunca. Es una manera de vivir sin hacer daño a nadie, pero sin ayudar a nadie a la vez.

En cambio, Jesús nos dice que debemos salir a mostrar esos talentos, a arriesgarnos como hicieron los criados con cinco y dos talentos, y a ofrecerlos como las herramientas de Dios en el mundo. La manera en la que nos entreguemos con nuestros dones definirá nuestro camino en cualquier ámbito de nuestra vida, tanto laboral, social, ... y eso radicará en la felicidad de los demás y en la nuestra propia, por el hecho de vivir dedicado a lo que amas y por un bien mayor que nosotros mismos.

Preguntas para reflexionar:

- ¿Cuáles son tus talentos? Seguro que tienes más de uno, ¿hay alguno que nunca te hubieses parado a pensar que lo tienes?
- ¿Crees que es necesario cultivar cada día tus propios talentos? En caso de que creas que es necesario, ¿los cultivas cada día?
- ¿Ofreces tus talentos a los demás?
- ¿Qué has estudiado/estás estudiando/quieres estudiar? ¿Lo consideras un talento?

- ¿Cómo pueden contribuir tus conocimientos y tu vida profesional a crear un mundo mejor?

4. Parábola del deudor

Oración

Señor, aquí estoy otra vez ante ti para pedirte que me perdones si en algo te he ofendido, olvidándome de cuanto me quieres, sin pensar que siempre me estás viendo. Te pido por los jóvenes, que a veces no sabemos valorar cuanto nos das sin merecerlo. Te pido sabiduría y entendimiento para poder comprender cual es tu voluntad. eres la luz en la oscuridad, eres lo más grande y bello que puede existir. Amén.

Plan Personal de Vida

- Oración: ¿Cómo realizas la oración?
- Misión: ¿Qué misión haces tanto en la familia como en la sociedad?
- Personalización: ¿En que aspecto fallas y como pretendes mejorarlo?
- Participación en los equipos: ¿De que manera participas en los equipos, tantas reuniones como encuentros, convivencias...?

Tema

Mateo 18, 21-35:

Pedro se le acercó y preguntó:

— Señor, ¿cuántas veces debo perdonar a alguien que peca contra mí? ¿siete veces?

—No siete veces —respondió Jesús—, sino setenta veces siete.

Por lo tanto, el reino del cielo se puede comparar a un rey que decidió poner al día las cuentas con los siervos que le habían pedido prestado dinero. En el proceso, le trajeron a uno de sus deudores que le debía millones de monedas de plata. No podía pagar, así que su amo ordenó que lo vendieran —junto con su esposa, sus hijos y todo lo que poseía— para pagar la deuda.

El hombre cayó de rodillas ante su amo y le suplicó: “Por favor, tenme paciencia y te lo pagaré todo”. Entonces el amo sintió mucha lástima por él, y

lo liberó y le perdonó la deuda.

Pero cuando el hombre salió de la presencia del rey, fue a buscar a un compañero, también siervo, que le debía unos pocos miles de monedas de plata. Lo tomó del cuello y le exigió que le pagara de inmediato.

El compañero cayó de rodillas ante él y le rogó que le diera un poco más de tiempo. “Ten paciencia conmigo, y yo te pagaré”, le suplicó. Pero el acreedor no estaba dispuesto a esperar. Hizo arrestar al hombre y lo puso en prisión hasta que pagara toda la deuda.

Cuando algunos de los otros siervos vieron eso, se disgustaron mucho. Fueron ante el rey y le contaron todo lo que había sucedido. Entonces el rey llamó al hombre al que había perdonado y le dijo: “¡Siervo malvado! Te perdoné esa tremenda deuda porque me lo rogaste. ¿No deberías haber tenido compasión de tu compañero así como yo tuve compasión de ti?”. Entonces el rey, enojado, envió al hombre a la prisión para que lo torturaran hasta que pagara toda la deuda.

Eso es lo que les hará mi padre celestial a ustedes si se niegan a perdonar de corazón a sus hermanos.

Este evangelio forma parte del llamado “discurso sobre la comunidad” (Mt 18) en el que Jesús va indicando las actitudes y comportamientos que deben regir en toda comunidad cristiana. Así, Jesús habla de que en esta comunidad el más importante es el pequeño, el humilde o sencillo (el que se hace como «niño»); también habla de la conversión, de la necesidad de ir a buscar a la oveja perdida, de la corrección fraterna, de la oración, de su presencia en medio de la comunidad, etc.

Todas estas enseñanzas terminan con este pasaje sobre el perdón (Mt 18,21-35). Por tanto, es el último precepto comunitario, lo que subraya la importancia de este tema: el perdón es la realidad esencial que construye toda comunidad y toda relación con Dios y con el prójimo. Y el motivo esencial por el que hay que perdonar es porque antes hemos sido perdonados por Dios. Tenemos que tener misericordia del prójimo porque antes Dios ha tenido misericordia de nosotros.

El discurso sobre el perdón comienza a partir de una pregunta que le formula Pedro: «Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar?; ¿hasta siete veces?» San Pedro, que ha oído palabras de Jesús sobre el perdón y el amor al prójimo y

al enemigo, quiere saber hasta dónde debe llegar el perdón. Y en su propuesta (siete veces) es muy generoso pues algunos rabinos habían establecido en cuatro el número de veces que se debía perdonar. Pero aunque la propuesta de Pedro va mucho más allá de lo que decían los rabinos, el apóstol sigue moviéndose en el plano de la casuística judía, en el plano de la contabilidad. Hay que contar las veces que se perdona.

La respuesta de Jesús le sorprenderá: «no te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete». Frente al recuento de san Pedro, Jesús le habla del perdón sin límites, del perdón infinito, del perdón que no deja ningún espacio para resentimiento.

Con la expresión «setenta veces siete» Jesús se refiere a las conocidas palabras de Lamec (Gen 4,23-24) que decían: «Caín será vengado siete veces, pero Lamec será vengado setenta veces siete». Frente a la venganza y al odio sin límites, Jesús habla del perdón sin límites. Jesús quiere invertir la espiral de violencia y de odio que hay en el mundo. Y para ello habla de perdón incondicional entre sus seguidores. Para reforzar esta enseñanza, Jesús narrará una parábola. Este hecho (enseñanza + parábola) ya nos hace comprender que estamos ante un tema capital para Jesús. Se trata de la parábola del «siervo sin entrañas». Encontramos en ella tres momentos importantes: en la primera escena, vemos a un súbdito que debe a su rey 10.000 talentos (recordemos que 1 talento equivale a 6.000 denarios, y que 1 denario es la cantidad que necesita una familia al día para vivir dignamente; también señalemos que en griego el número máximo era 10.000). Se trata, por tanto, de una cantidad impagable. Ante la perspectiva de perder a toda su familia e ir a la cárcel, el rey siente compasión de este siervo e, increíblemente, la perdona toda la deuda.

En la segunda escena, este mismo siervo encuentra a un «compañero» que le debe 100 denarios. Pero, ante el asombro de todos, no tiene compasión de él y lo mete en la cárcel hasta que le pague toda la deuda. En la tercera escena se produce el desenlace de la parábola: el rey, informado de lo ocurrido se indigna y mete en la cárcel al siervo malvado hasta que pague toda su deuda. La conclusión de la parábola es clara: «Siervo malvado; yo te perdoné toda aquella deuda, porque me lo suplicaste. ¿No deberías haber tenido compasión de tu compañero, como yo la tuve de ti?»

En esta parábola enseguida adivinamos que el «rey» es Dios y que los «siervos» son cada persona individual, y también cada comunidad de los seguidores de Jesús. Con esta narración, Jesús coloca en primer lugar el perdón incondicional, total e infinito de Dios hacia la humanidad. En Jesús, Dios nos ha

perdonado todo. Nos ha perdonado una deuda impagable que es reconciliarnos con Él por la muerte y resurrección de Jesús. En Él y por Él, se nos perdonan los pecados y nos convertimos en hijos e hijas de Dios. Una nueva vida, la de Jesús, se nos regala.

Este perdón de Dios debe hacerse presente en nuestras relaciones con los demás. En el trato con los otros fácilmente surgen «deudas» debido a palabras, dichos, gestos, acciones, miradas, etc. Deudas que nos distancian del prójimo y refuerzan mi «ego». Jesús nos invita a mirar siempre el perdón y la misericordia de Dios, manifestados en su cruz. Así, en el Padrenuestro nos enseña a decir y a realizar esta petición: «perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». El perdón de Dios es modelo del perdón entre las personas.

El perdón al prójimo, como indica el cardenal Martini, nos pone en relación con Dios. Notemos cómo en la parábola, el rey se identifica con el siervo más débil y le dice al siervo malvado: al no perdonar al otro, cometiste una falta contra mí. El rey se pone en el lugar del deudor, de modo que el acreedor, tratando con su deudor, es como si tratara con el rey. Esta afirmación, inserta dentro del discurso de la comunidad, es muy importante, porque Jesús nos enseña que quien perdona hace como el «rey» de la parábola y entra en relación con él. No perdonar nos aleja del «rey».

Esta realidad y calidad del perdón no es una obra humana. No tenemos la capacidad de vivir esta dimensión del perdón. Pero lo que es imposible para el hombre es posible para Dios. Y el secreto para entrar en esta nueva vida es, sencillamente, abrirle nuestro corazón a Jesús resucitado. Cuando así hacemos, su gracia va transformando nuestro ser y nuestra mente, para vivir la misma vida de Jesús en nosotros. «No vivo yo, es Cristo quien vive en mí», dirá san Pablo, y esta realidad es la que estamos todos llamados a vivir.

Finalicemos esta reflexión con un pasaje de Santa Teresa del Niño Jesús que ilustra la vida en comunidad que vive la persona que ha sido transformada por el Amor de Jesús:

«¡Ah! comprendo ahora que la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los otros, en no extrañarse de sus debilidades, en edificarse ante los más pequeños actos de virtud que se les ve practicar, pero sobre todo, he comprendido que la caridad no debe permanecer encerrada en el fondo del corazón; Nadie, ha dicho Jesús, enciende una llama para ponerla debajo del candelín, sino que se pone sobre el candelabro para que alumbre a todos lo

que están en la casa. Me parece que esta llama representa a la caridad que debe iluminar, alegrar, no solamente a los que me son más queridos, sino a todos los que están en la casa, sin exceptuar a nadie» (Manuscrito C, 12r).

El perdón sincero

Tras reflexionar sobre el tema tratado, escribe en un papel algo por lo que quieras pedir perdón, y llévalo a la reunión. En ella, dejad un rato de oración, en silencio o con una canción, y quemad esos papeles, como signo de arrepentimiento.

Preguntas para reflexionar:

- ¿Qué ideas subrayarías de esta reflexión?
- ¿Has experimentado en tu vida el perdón de Dios? ¿Qué has sentido?
- ¿Qué experiencias de perdón y de no perdón conoces ? Dialogar resaltando sus consecuencias.
- ¿Cómo puede el equipo potenciar el perdón entre sus miembros?
- ¿Qué opinas de la expresión : "perdono pero no olvido"?

5. La semilla de mostaza

Oración

Señor, yo creo, yo quiero creer en tí. Haz que mi fe sea pura, sin reservas, y que penetre en mi pensamiento, en mi modo de juzgar las cosas divinas y las cosas humanas.

Señor, haz que mi fe sea libre, es decir, que cuente con la aportación personal de mi opción, que acepte las renunciaciones y los riesgos que comporta y que exprese el culmen decisivo de mi personalidad: creo en ti, Señor.

Señor, haz que mi fe sea cierta: cierta por una congruencia exterior de pruebas y por un testimonio interior del Espíritu Santo, cierta por su luz confortadora, por su conclusión pacificadora, por su con naturalidad sosegante.

Señor, haz que mi fe sea fuerte, que no tema las contrariedades de los múltiples problemas que llena nuestra vida crepuscular, que no tema las adversidades de quien la discute, la impugna, la rechaza, la niega, sino que se robustezca en la prueba íntima de tu Verdad, se entrene en el roce de la crítica, se corrobore en la afirmación continua superando las dificultades dialécticas y espirituales entre las cuales se desenvuelve nuestra existencia temporal.

Señor, haz que mi fe sea gozosa y dé paz y alegría a mi espíritu, y lo capacite para la oración con Dios y para la conversación con los hombres, de manera que irradie en el coloquio sagrado y profano la bienaventuranza original de su afortunada posesión.

Señor, haz que mi fe sea activa y dé a la caridad las razones de su expansión moral de modo que sea verdadera amistad contigo y sea tuya en las obras, en los sufrimientos, en la espera de la revelación final, que sea una continua búsqueda, un testimonio continuo, una continua esperanza.

Señor, haz que mi fe sea humilde y no presuma de fundarse sobre la experiencia de mi pensamiento y de mi sentimiento, sino que se rinda al testimonio del Espíritu Santo, y no tenga otra garantía mejor que la docilidad a la autoridad del Magisterio de la Santa Iglesia. Amén.

Plan Personal de Vida

- Oración:
 - ¿Dedicas tiempo a cultivar tu fe desde la oración?
 - ¿Reservas un rato en tu día para hablar con Él y ayudar a que esa fe siga creciendo?
- Misión:
 - ¿Te implicas de algún modo con el mundo que te rodea?, ¿eres testimonio de fe?
 - ¿Ayudas en casa, a tus amigos y a aquellos que lo necesitan y que están a tu alrededor?, ¿les demuestras tu amor igual que Él te lo muestra a ti?
- Personalización:
 - ¿Consideras que hay algo en ti que puedas mejorar para ayudar a que tanto tú como los que te rodean se sientan un poco más cerca de Él?
- Participación en los equipos:
 - Asistir a los actos comunes e implicarte en ellos es una forma genial de dedicarle tiempo a tu fe, ¿participas activamente en los ENSJ?
 - ¿Crees que hay algo más que tú podrías aportar?

Tema

Mateo 13, 31-35:

En aquel tiempo, Jesús propuso esta otra parábola a la gente:

El Reino de los Cielos se parece a un grano de mostaza que uno siembra en su huerta; aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece se hace un arbusto más alto que las hortalizas de tal manera que vienen los pájaros a anidar en sus ramas. Les dijo otra parábola: El Reino de los Cielos se parece a la levadura; una mujer la amasa con tres medidas de harina y basta para que todo fermente. Jesús expuso todo esto a la gente en parábolas, y sin parábolas no les exponía nada. Así se cumplió el oráculo del profeta: "Abriré mi

boca diciendo parábolas; anunciaré lo secreto desde la fundación del mundo.”

La parábola de la mostaza es un texto muy conocido de la Biblia, que hemos podido escuchar o leer en repetidas ocasiones pero, ¿te has parado alguna vez a entenderlo y reflexionar sobre lo que Jesús nos quiere enseñar con esta parábola? Pues bien, eso es lo que vamos a hacer en este tema. Para empezar, estamos ante otra de las muchas parábolas con las que Jesús explicaba el mensaje de Dios a sus discípulos y seguidores. Cristo hablaba en parábolas para tratar de transmitir con palabras lo que está más allá de toda palabra. Por ello, es preciso meditar las imágenes, contemplarlas, interiorizarlas, rumiarlas, digerirlas, dejarlas actuar en nosotros. . . Sólo así lograremos obtener todo el alimento espiritual que contienen.

En esta parábola, estamos ante la comparación del Reino de los Cielos con un grano de mostaza. La semilla de mostaza es negra y del tamaño de la cabeza de un alfiler. En los tiempos de Jesús se usaba frecuentemente para referirse a la cosa más pequeña que se pudiera imaginar. De hecho, la expresión ”pequeño como una semilla de mostaza” había llegado a ser un proverbio.

El grano de mostaza debe ponernos en contacto con nuestra insignificancia, con nuestra impotencia, con nuestras limitaciones. . . Debe llamarnos a la humildad. En sí mismo, el grano de mostaza es una ridiculez, algo minúsculo e inservible. Sin embargo, la paradoja se encuentra en su interior, en el que se oculta algo infinitamente mayor que él mismo.

Jesús nos quiere decir que el Reino comienza siendo insignificante pero cuando se suman seguidores a él, va creciendo progresivamente gracias a todas las personas dispuestas a seguir el camino de Dios. El Reino de Dios es más fuerte cuanto más unido está, dando así un hogar y compañía para todas las personas.

Cuando Jesús comenzó su ministerio terrenal, no tenía seguidores, la Biblia nos dice que Jesús estaba caminando por la orilla del mar de Galilea cuando vio a dos pescadores: Pedro y su hermano Andrés, tirando sus redes. ”Vengan, síganme”, les dijo Jesús. Inmediatamente le siguieron. Al continuar su camino, vieron a otros dos hermanos, Santiago y Juan, remendando sus redes. Jesús les llamó e inmediatamente dejaron sus redes y le siguieron. Uno a uno, Jesús llamó a sus discípulos hasta que tuvo doce. Fue un comienzo pequeño, ¿no es así? Jesús envió a los doce y ellos trajeron a otros a Jesús y el Reino de Dios creció.

Pero todo esto no es nada comparado con la debilidad manifestada en la cruz. ¿Quién podría imaginar que de un judío ajusticiado en una cruz por el imperio romano, rechazado por su propio pueblo y abandonado por sus discípulos, pudiera surgir un movimiento que dos mil años después siguiera creciendo por todos los países del mundo? De un comienzo pequeño, el Reino de Dios ha crecido y crecido hasta que se ha esparcido por toda la tierra. Así es que no es importante que tan “pequeña” o “grande” sea nuestra fe, lo importante es en qué o quién está depositada.

La parábola continúa explicándonos que, cuando el grano de mostaza empieza a crecer, lo hace de una forma tan exponencial que acaba siendo un arbusto de gran tamaño, un árbol en el que los pájaros anidan y que da sombra en abundancia.

¿Cómo se transforma un insignificante grano de mostaza, la más pequeña de las semillas, en la mayor de las hortalizas? Sembrándose en tierra fértil (rodeándose de aquello necesario para poner en marcha un proceso de transformación) y muriendo así mismo para liberar lo que hay en su interior. Así que, cuando el grano de mostaza renuncia a lo poco que es, rompe su envoltura y se pierde a sí mismo, libera el potencial que ocultaba en su interior y que dará a luz al árbol que ni tan siquiera podía imaginar que estaba llamado a ser. ¿Cuántos de nosotros seguimos apegados a quienes creemos ser, permaneciendo como granos de mostaza cuando podríamos ser robustos y hermosos árboles?

Así que, en el momento actual, Dios no reina manifestando todo su poder, sino que por el contrario, su presencia en este mundo, aunque real y viva, es humilde y muchas veces oculta. Incluso sus propios siervos, aunque ya tienen dentro de sí mismos la semilla que producirá estos resultados extraordinarios, son frágiles y débiles, expuestos a innumerables peligros. El apóstol Pablo lo expresó perfectamente: (2 Co 4:7) ”Pero tenemos este tesoro en vasos de barro...”, (1 Co 1:26-27) ”Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles”.

Esta falta de importancia, de influencia y de fuerza social de la Iglesia a través de los siglos ha venido a confirmar en cada momento las palabras de Jesús: (Lc 12:32) ”manada pequeña...”, (Mt 10:16) *το* os envió como a ovejas en medio de lobos”.

Cuando el grano de mostaza se contempla en el espejo puede convencerse de que él sólo es eso, una diminuta y colorida semilla como tantas otras. Sin

embargo, hay algo en su interior que le llama y que le hace prestar atención a quienes le dicen que es mucho más que lo que se ve, que no es eso sino Eso. También a nosotros puede sucedernos algo parecido: aprendamos la lección del grano de mostaza y tomemos conciencia de que sólo en la realización de nuestra más profunda naturaleza se encuentra el sentido de nuestra vida, de nuestro valor para los demás y de nuestra relación con la tierra y con el cielo.

Porque el grano de mostaza se encuentra aislado de todo y de todos. No tiene conexión con nada ni con nadie. Sin embargo, al fructificar hunde sus raíces en la tierra y, al mismo tiempo, eleva sus ramas hacia el cielo. Y, como dice la parábola, entonces sí que puede dar sombra y cobijo al viajero y a los animales, mientras que las aves del cielo pueden anidar en su hermoso y majestuoso ser.

No temamos a renunciar a lo que creemos ser, desapeguémonos y muramos a la imagen que nos hemos forjado de nosotros mismos, dejémosnos fecundar por el Espíritu y permitámosle actuar en nuestro interior para que haga de nosotros lo que estamos llamados a ser. Solo en la renuncia a nosotros mismos nos encontraremos, solo en la pérdida ganamos, solo muriendo a nuestra nada podremos dar a luz al Todo en nosotros. Pongamos los medios, cultivémonos para dar fruto, vaciémonos para ser llenados hasta rebosar, abrámonos al infinito que lucha por surgir desde lo más profundo de nuestro interior...

¿Seremos capaces?

El Señor presenta seguidamente la imagen de la levadura: “de la misma manera que la levadura comunica su fuerza a la masa de la harina, así vosotros transformaréis al mundo entero.” “No pongáis esta objeción: ¿Qué podremos hacer nosotros, que no somos sino doce, puestos en medio de una multitud tan grande? Precisamente, lo que hará que resplandezca vuestro poder es que haréis frente a la multitud sin recular.” Es tan sólo Cristo quien da su fuerza a la levadura: ha mezclado entre la multitud a los que creían en Él con el fin de que nos comuniquemos unos a otros nuestros conocimientos. Que nadie, pues, le reproche el pequeño número de esos discípulos porque el poder del mensaje es grande; y cuando la masa ya ha fermentado, ella misma a su vez, se convierte en levadura para el resto. . .

Y si doce hombres han puesto en pie la tierra entera ¡cuán malos somos que, a pesar de ser un número considerable, no llegamos a convertir ni a los que nos rodean, siendo así que con los que somos debería ser suficiente para ser la levadura de miles de mundos! – Pero nosotros decimos que ¡esos doce eran

los Apóstoles! – ¿Entonces, qué? ¿Es que no estaban ellos en las mismas condiciones que nosotros? ¿No vivían en las ciudades? ¿No compartían nuestra manera de ser? ¿No trabajaban en sus profesiones? ¿O es que pensamos que eran ángeles bajados del cielo? Entonces ¿de dónde viene la grandeza de los apóstoles? De su menosprecio por las riquezas, de su dejar de lado la gloria... Es la manera de vivir la que da el verdadero resplandor y hace llegar a nosotros la gracia del Espíritu.

La Fe

Como ya hemos visto, el texto leído se encuentra relacionado con la fe, es por eso que a continuación profundizaremos un poco más sobre este tema. La Fe es una de las tres virtudes teologales junto con la esperanza y la caridad. Fueron infundidas por Dios en nuestra alma el día de nuestro bautismo, pero como semilla, que había que hacer crecer con esfuerzo, oración, sacrificio.

Las virtudes no son una cosa que uno se pone, ni un título de estudios. Ni siquiera la virtud es un don natural con el que nacemos, porque si así fuera no sería virtud. Sin embargo, hay que aclarar que en la naturaleza humana existe una disposición y capacidad para la virtud que facilita la adquisición de las mismas cuando se ponen los medios adecuados para ello.

Virtud es una disposición habitual del hombre, adquirida por el ejercicio repetido de actuar consciente y libremente en orden al bien. La virtud para que sea virtud tiene que ser habitual, y no un acto esporádico, aislado. Dios nos dio estas virtudes para que seamos capaces de actuar como hijos de Dios, y así contrarrestar los impulsos naturales inclinados al egoísmo y la comodidad por ejemplo. Las virtudes teologales tienen una serie de características:

- Son dones de Dios, no conquista ni fruto del hombre.
- No obstante, requieren nuestra colaboración libre y consciente para que se perfeccionen y crezcan.
- No son virtudes teóricas, sino un modo de ser y de vivir.
- Van siempre juntas las tres virtudes.

La Fe es un don, una luz divina por la cual somos capaces de reconocer a Dios, ver su mano en cuanto nos sucede y ver las cosas como Él las ve. Por tanto, la fe no es un conocimiento teórico, abstracto o doctrinas que debo aprender. La fe es la luz para poder entender el mensaje de Dios.

- La fe es un encuentro con Dios, con su designio de salvación. Y con la fe el hombre responde libremente a ese encuentro con Dios entregándose a Él, con la inteligencia y la voluntad.
- La fe es sencilla, no está hecha de elucubraciones y discursos, sino de verdadera adhesión a Dios, como María.
- La fe es vital, es decir, debe cambiar mi vida, demostrarse en mi vida. Por eso, hay que vivir de fe.
- La fe es experiencial, es decir, es un conocimiento de Dios en la intimidad. Los que tienen fe gozan de Dios. No es un sentimiento, sino un conocimiento del espíritu que Dios nos concede para intimar con Él. Este conocimiento experimental de Dios tiene sus momentos privilegiados para manifestarse a las almas: en el sacrificio, el dolor, en los momentos de prueba, cuando se requiere de humildad y de un mayor desprendimiento de sí mismos.
- La fe es objetiva, es decir, no se queda a nivel subjetivo, intimista, sino que creemos en un Dios que se ha revelado a través de la Palabra que hemos recibido de la Iglesia; Palabra que es preciso conocer, aprender y hacerla vida. Los dogmas de la Iglesia son luces en el camino de nuestra fe; lo iluminan y lo hacen seguro.
- La fe termina en compromiso. Compromiso de defenderla con mi palabra y testimonio, alimentarla con la continua lectura y meditación de la Biblia y difundirla a mi alrededor en el apostolado.

Preguntas para reflexionar:

El extracto del Evangelio según San Mateo que hemos leído nos muestra dos parábolas transmitidas por Jesús a sus discípulos: el grano de mostaza y la levadura. Dos símiles que utiliza para enseñarles qué es el Reino de Dios y cuál es su cometido dentro de este.

En el análisis del tema hemos visto dos interpretaciones del significado de grano de mostaza: nuestra fe y nuestra actitud como cristianos por un lado, y el Reino de Dios por otro. En cuanto al Reino de Dios se dice que es esa semilla pequeña que parece insignificante pero que es capaz de crear un árbol grande y fuerte si se cultiva con constancia y dedicación. Ese cultivo depende de nosotros y es responsabilidad nuestra como testigos que somos de Él en la Tierra. cada una de nuestras contribuciones, por pequeñas que sean, ayudan a que esa semilla crezca en el mundo:

- ¿Crees que pones de tu parte en ese cultivo?, ¿eres consciente de esa responsabilidad que tenemos para con el crecimiento del Reino e Dios en la Tierra o te parece algo ajeno que no necesita de tu participación?
- Ayudamos a la construcción con acciones y actitudes propias de nuestro día a día, no siempre hacen falta cambios drásticos ni heroicidades sobrehumanas. ¿Tienes detalles con tu entorno más cercano que le haga ver que estás a su disposición si lo necesita?, ¿te implicas en tu familia para ayudar en todo lo posible y para crear un ambiente agradable de convivencia?, ¿dejas que cosas que pasan fuera de casa te afecten a cómo estás dentro de ella o intentas que te ayuden en lo que sea que cause tu mal humor?. Y más allá de tu familia, ¿te implicas en algún tipo de actividad de voluntariado para llevar el Amor de Dios a través de ti a los que más lo necesitan?, ¿intentas ser agradable con las personas que encuentras en tu camino día a día (vecinos, dependientes, camareros...) aunque solo sea saludando y sonriendo?. Cada una de estos detalles son gotas de agua que riegan esa semilla que depende de nosotros.

En segundo lugar hemos comparado ese grano de mostaza con nosotros mismos como cristianos. La parábola también simboliza nuestro potencial escondido bajo la apariencia de pequeñas semillas de mostaza y la necesidad de que conozcamos todo ese potencial desde la mayor humildad.

- Nuestra fe es la que nos da la fuerza para desplegar todo ese potencial que hay en nosotros, ¿dedicas tiempo a trabajar esa fe por medio de la oración diaria y la participación en la Eucaristía?, ¿intentas sacar ratos de calidad para hablar con Él en tus días o le dedicas solo un pequeño momento antes de que se te cierren los ojos?
- ¿Eres consciente de la gran importancia que tiene el ser cristiano o lo consideras un atributo como otro cualquiera?, ¿sueles pensar que poco puedes hacer tú por mejorar el mundo en el que vivimos o piensas que sí que tienes poder y medios para hacer cambios en él?, ¿sueles dejar de lado alguna idea que tengas para cambiar algo por darla por imposible antes de intentarla?. Tú formas parte de esta gran familia que es la Iglesia y eres un miembro tan importante como otro cualquiera y tan capaz como otro cualquiera, eres un grano de mostaza más, con la misma capacidad para crear un árbol grande y fuerte que de sombra a su alrededor.

Por último hemos visto la parábola de la levadura, como Jesús les hizo ver que, aunque fueran pocos, eran capaces de hacer grandes cosas y de llevar la Palabra de Dios por todo el mundo.

- ¿Eres testimonio de fe en tu trabajo, en el colegio o en la facultad o te limitas a serlo cuando estás rodeado de aquellos que te conocen?, ¿te da pereza o vergüenza mostrar tu fe en ciertos ambientes o cuando no estás de acuerdo con lo que alguien ha dicho? Al igual que los Apóstoles nosotros tenemos la fuerza para hacer llegar la Palabra de Dios a los que nos rodean, podemos ser esa levadura que fermenta y ayude a crecer la masa que es el Reino de Dios.

6. Las bodas de Caná

Oración

*Señor, cuando tenga hambre, dame alguien que necesite comida;
Cuando tenga sed, dame alguien que precise agua;
Cuando sienta frío, dame alguien que necesite calor.
Cuando sufra, dame alguien que necesita consuelo;
Cuando mi cruz parezca pesada, déjame compartir la cruz del otro;
Cuando me vea pobre, pon a mi lado algún necesitado.
Cuando no tenga tiempo, dame alguien que precise de mis minutos;
Cuando sufra humillación, dame ocasión para elogiar a alguien;
Cuando esté desanimado, dame alguien para darle nuevos ánimos.
Cuando quiera que los otros me comprendan, dame alguien que necesite de mi comprensión;
Cuando sienta necesidad de que cuiden de mí, dame alguien a quien pueda atender;
Cuando piense en mí mismo, vuelve mi atención hacia otra persona.
Haznos dignos, Señor, de servir a nuestros hermanos; Dales, a través de nuestras manos, no sólo el pan de cada día, también nuestro amor misericordioso, imagen del tuyo. Amén.*

Plan Personal de Vida

- Oración:
 - ¿Tengo en cuenta a mis familiares y amigos en mis ratos de oración? ¿Pido y doy gracias por ellos?
- Misión:
 - ¿Dedico tiempo suficiente a mi familia o pongo por delante de ellos cualquier otro plan que se me presente?
- Personalización:
 - ¿Trato a mis familiares con respeto y cariño?
- Participación en los equipos:
 - ¿Ayudo a que mi familia o amigos conozcan e incluso lleguen a formar parte de los equipos?

Tema

Juan 2, 1-12:

Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús también fue invitado con sus discípulos. Y como faltaba vino, la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino». Jesús le respondió: «Mujer, ¿qué tenemos que ver nosotros? Mi hora no ha llegado todavía». Pero su madre dijo a los sirvientes: «Hagan todo lo que él les diga». Había allí seis tinajas de piedra destinadas a los ritos de purificación de los judíos, que contenían unos cien litros cada una. Jesús dijo a los sirvientes: «Llenen de agua estas tinajas». Y las llenaron hasta el borde. «Saquen ahora, agregó Jesús, y lleven al encargado del banquete». Así lo hicieron. El encargado probó el agua cambiada en vino y como ignoraba su origen, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo y les dijo: «Siempre se sirve primero el buen vino y cuando todos han bebido bien, se trae el de inferior calidad. Tú, en cambio, has guardado el buen vino hasta este momento». Este fue el primero de los signos de Jesús, y lo hizo en Caná de Galilea. Así manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él. Después de esto, descendió a Cafarnaúm con su madre, sus hermanos y sus discípulos, y permanecieron allí unos pocos días.

Las bodas de Caná es uno de los textos más conocidos por todos, sobre todo por ser conocido como “el comienzo de la vida pública” de Jesús o el “milagro de la conversión del agua en vino”. Siempre ha sido así, pero ahora que tenemos una edad deberíamos conocer un poco más sobre este texto.

Por un lado, podemos ver que Jesús acude a una boda con su Madre. Por tanto, a una celebración, algo bonito, un día alegre (para los que se casan y los que asisten). Pero no es una boda como las que conocemos, es una boda judía, de varios días y con varios rituales y tradiciones.

Curiosamente, es de la boda de lo que menos sabemos, sabemos que fueron Jesús, su madre y sus discípulos. Debía de ser alguien cercano a María quién los invitaría, posiblemente, a todos (Jesús y sus amigos). Pero no sabemos cuando fueron invitados, quién los invitó, quiénes se casaban, número de invitados, si había algún personaje relevante del momento o de la historia, si la comida era buena, si la música era alegre, si la decoración era bonita. . . nada.

Sabemos que estaban trabajando los sirvientes y el maestra sala o encargado. Sabemos que había 6 tinajas, que eran de piedra, que eran para los ritos de

purificación y capacidad de 100 litros. Sabemos más de las tinajas que de la boda por el texto.

Lo curioso es que si se molestaron tanto en describir las tinajas era por algo, ¿no? La Biblia en general es un libro con muchos datos históricos muy fiables, si bien algunos textos, la mayoría, son en realidad alterados un poco para que prestemos atención, y lo malo es que con el tiempo nos hemos quedado más con los detalles que con el significado, por ejemplo: el fruto del árbol de la sabiduría del Génesis del que comían Adán y Eva NO ERA UNA MANZANA.

Ya no es si Adán y Eva vivieron en el Paraíso como lugar físico en la tierra, claro que hubo un primer hombre y una primera mujer, claro que habitamos la tierra, pero la Biblia nunca dice que el fruto sea una manzana. Sin embargo, en la historia los pintores lo representaban con una manzana y se ha quedado esa imagen, pero revísalo si quieres, no era una manzana, ni siquiera se dice su color, se dice que era apetecible. Por tanto, es un símbolo.

Hablamos de símbolos y signos cuando nos referimos a representaciones de una cosa, pero no es la cosa. Entonces, ¿no es llamativo que se ponga tanto interés en las tinajas?

Tinajas de Piedra con 100 litros de capacidad, tenían que ser grandes. Pero, ¿de piedra?, ¿las tinajas no son de barro?, ¿es importante aclarar el material?

Seis Tinajas para la Purificación, es decir, que era algo relacionado con un rito, concretamente para purificar (entendemos que a las personas). Pero, ¿Cuántas veces se iban a purificar?, ¿tanto iban a necesitar?, ¿pensaban que todos iban a necesitar purificarse a la vez?, si fuera para tener agua para varios usos sería comprensible, pero son sólo para purificarse.

Nada es casual en los textos. Si pensamos en dónde estaban, en una zona cerca del desierto, con poca agua, es verdad que mejor tener de sobra que no que les faltase, pero, ¿sólo para purificarse? O eran las familias muy ricas y había allí mucha gente o el texto nos quiere decir otra cosa.

Los judíos son muy supersticiosos, en aquella época era normal pensar que el pecado se contagiaba, y que los males eran consecuencia de venganzas personales de Dios por nuestros pecados. Purificarse era algo importantísimo. Curiosamente sabemos que las tinajas fueron después rellenadas con agua por petición de Jesús, tenían depósitos diferentes que no eran las tinajas para el agua, y mucho menos en esas tinajas podían dejar que le cayera suciedad

o vino. Así que si de allí salió el vino que se sirvió desde luego era un milagro.

Ahora vemos que lo de las tinajas tiene su miga... pero no nos hemos fijado tanto en el material, la piedra. En aquella época, lo que se quería que perdurara, se ponía en piedra, concretamente la ley estaba en piedra, los mandamientos se hicieron sobre piedra. La mentalidad sobre la piedra, su fuerza y resistencia aparece bastante en referencia a Dios en el Antiguo Testamento y en el Nuevo sobre cosas del Antiguo.

Luego está la conversación de Jesús y María ¿Se están peleando? ¿Jesús busca desobedecer a su Madre? ¿Qué interés tenía María en que los anfitriones se hubiesen quedado sin vino? Tenían que ser gente cercana para que María muy resuelta a pesar de la oposición inicial de Jesús se dirija a los trabajadores y les ordene algo tan directo: Hagan todo lo que Él os diga. Una frase que ha valido muchas charlas y encuentros en los equipos.

Finalmente, Jesús se daría cuenta de que no puede rehusar a su madre, y menos en público, así que tiene que hacer algo... les dice que las tinajas para el agua las llenen de agua... los trabajadores debieron pensar de todo, y cuando les dijo que lo sirvieran les debió explotar la cabeza, servir para beber el agua para la purificación...

Aún con todo, sirven el agua convertida en vino. Cuando se escribió este texto, se buscaba en cierto modo resaltar eso, pues ese es el mensaje de Jesús. Vas a una boda y los judíos más ortodoxos estarían más preocupados de los pecados que de celebrar. El agua es la pureza y es vida, pero el vino es vida, color de la sangre, del fuego, del martirio, de la pasión, del Espíritu Santo, es signo del Amor de Dios. Jesús predicaba que habían los judíos malinterpretado a Dios y las Escrituras, que veían a Dios como alguien peligroso que se enfada y los castiga, pero no como un Padre, que los quiere, que los conoce, que los perdona y hasta se sacrifica por ellos.

Eso lo vemos en María, ella se da cuenta, falta recordarles la alegría y la visión de Dios bueno, como ella, otras personas esperaban eso de Dios, esperaban al Mesías no como un nuevo Rey en la tierra, sino como el enviado para nuestra salvación.

Como creyentes actualmente, lo de menos es el cambio de agua a vino, eso lo estudiaban los alquimistas, el cambio o conversión tiene otro significado: el de nuestra actitud para con Dios. Claro que Dios podría cambiar el agua en vino, y en vinagre, o aceite, o incluso veneno, pero eso no es el mensaje

del texto, Juan estaba transmitiendo el mensaje de Jesús para convertir a sus paisanos y a los paganos de esa época. En su tiempo pensar en convertir el agua de la purificación en vino para divertirse en una boda era pensar en un crimen terrible, en una venganza por parte de Dios, y si encima el vino estaba bueno... y sin embargo era exactamente lo que Dios quería, animarlos, manifestarles su Amor, ese es el significado de este texto, por eso todo lo demás sobra.

No importa quienes se casaron, quienes fueron, o como era la fiesta. Lo importante es que Dios manifiesta su Amor, nos lo manifiesta y nos lo recuerda Jesús en sus parábolas y sus actos. La religión no es un camino de normas para salvarnos o condenarnos, Jesús nos acerca a Dios, al Padre que nos quiere, que nos perdona, y somos nosotros los que nos salvamos aceptando ese mensaje de Amor o nos alejamos de Él al no cumplir con ese mensaje, la buena nueva: amarnos.

Así también Jesús lo hace con su madre, no ha llegado su momento, pero por amar a su madre tiene que hacerlo, tiene que empezar ya a predicar y mostrar los signos del Amor de Dios.

El amor y las relaciones familiares

En este apartado, es imprescindible destacar las relaciones familiares desde un punto de vista del amor de Dios hacia todos nosotros. Dentro de este marco, no cabe duda que, el amor que Dios tiene a cada persona y a cada familia en su conjunto, es algo que significa mucho para todos aquellos que vivimos la fe en nuestro día a día. Este amor de Dios es infinito y lo vemos reflejado en las acciones que tienen lugar todos los días en cada miembro de nuestras familias.

Se sabe que se creó simultáneamente al hombre y a la mujer, a imagen y semejanza de Dios; para poblar el mundo y crear de esta forma la familia. Dentro de una familia las relaciones deben promoverse bajo el amor de Dios, pero no solo en una relación familiar, si no en cualquier tipo de relación. Es importante conocer que todos hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios y fruto del amor de nuestros padres. Todo esto debe repercutir en el fomento de una serie de valores que deben ser compartidos en cada familia con el fin de hacer de nuestros hijos personas de bien.

Dentro de una familia cristiana deben reinar valores como: el respeto, la responsabilidad, el agradecimiento, el amor, la honradez y la honestidad, entre

otros.

El respeto es la base de los valores, pues el respeto nos hace aceptar el valor propio y los derechos de las personas; además nos hace convivir en paz con las personas que habitan en nuestro alrededor. En nuestro ambiente familiar, la convivencia en casa debe basarse en el respeto a las personas mayores (respetar a tu padre y a tu madre), así como también se debe enseñar el respeto a las autoridades (maestros, policías, directores, etc).

Respetar al prójimo es la primera condición para la convivencia pacífica y armoniosa de las personas. Este respeto hacia los demás debe ser interno y externo. ¿He hablado mal de algún familiar alguna vez? ¿He deseado el mal a alguna persona? El respeto es la virtud que nos hace reconocer el valor, la consideración y la dignidad que merece alguien o algo y nos lleva a demostrarlo con nuestras actitudes y acciones. Es la virtud por la cual reconocemos en cada persona el lugar que le corresponde, su dignidad, el lugar y la función que Dios ha querido darle ante nosotros. El respeto a los padres es el factor más importante para crear una estabilidad emocional a las personas, para construir una familia feliz y para levantar una sociedad ordenada.

Otro de los valores citados anteriormente es el agradecimiento. Los padres deben enseñar a sus hijos a ser agradecidos en todo lo que se les puede dar. Nunca se debe enseñar a menospreciar lo que tenemos; todo lo contrario, hay que dar gracias sabiendo que el agradecimiento nos abre las puertas de la bendición de Dios en nuestra vida. Para disfrutar de una verdadera felicidad no basta solo con decir “gracias”, tenemos que ser agradecidos. Esto nos protege de pensar que merecemos un trato especial y también nos protege de la envidia y el resentimiento, características que nos alejan de las personas y nos roban el gozo.

La responsabilidad podemos definirla como la obligación de responder ante nuestros actos. En este caso, desde pequeños se debe inculcar la responsabilidad de colaborar con las tareas de casa con el fin de ayudar a nuestra familia y mejorar como personas siendo más eficientes y responsables. Para los jóvenes, una responsabilidad es responder a un acto. Por ejemplo, para los jóvenes, una responsabilidad es estudiar. Nuestros padres quieren que estudiemos para el bien de nuestro futuro, por lo que nuestra responsabilidad sería esa.

La honradez es un valor de mucha importancia para inculcar a una persona en el ámbito familiar. Una persona es honrada cuando concilia las palabras

con los hechos, ya que es una condición fundamental para las relaciones humanas, para la amistad y para la vida en comunidad.

Para ello, los padres desde un primer momento deben enseñar a sus hijos mostrando su propio ejemplo en la correcta realización de las tareas familiares, en la responsabilidad en los trabajos de empresa y en las tareas voluntarios y obligatorias en nuestra sociedad. La comprensión de la honradez por parte de los hijos proporciona la tranquilidad y la felicidad necesaria para cumplir con una de las condiciones fundamentales citadas en el párrafo anterior: la vida en comunidad.

“Honrarás a tu padre y a tu madre”. Para cumplir con esto, en primer lugar, debemos agradecer a nuestro padre y a nuestra madre por todo lo que han hecho por nosotros y demostramos que los valoramos teniendo en cuenta lo que han hecho por nosotros. La Biblia dice que “la hermosura de los hijos son sus padres”, es decir, que los hijos deben sentirse orgullosos de ellos.

En segundo lugar, los hijos honran a sus padres al respetar la autoridad que Dios les ha dado. La Biblia cita “Hijos, sean obedientes a sus padres en todo, porque esto es muy agradable en el Señor”. El propio Jesús obedeció a sus padres cuando era joven. En tercer y cuarto lugar, tratarlos con respeto y cuidar de ellos. El respeto se ve en lo que decimos y en cómo lo decimos. Hay situaciones en las que algunos padres no se comportan como es debido y a los hijos cuesta respetarlos, pero es en este momento cuando los hijos deben mostrar la honradez a ellos.

Con respecto a cuidar de ellos, nos referimos a las necesidades que tengan cuando nuestros padres se hacen mayores. En este sentido la honradez que les tenemos reside en asegurarnos de que tengan todo lo que les hace falta. La mentira es la falta de honradez más común, llegando hasta a destruir la confianza, que es el pilar de toda relación. La confianza de una persona no se consigue de la noche a la mañana. Para ello se necesita tiempo para conocer a la otra persona a través del diálogo sincero en la relación. Una mentira puede ser suficiente para tambalear una relación de amistad y familiar.

Este último valor podemos relacionarlo al de la honestidad. La honestidad es el valor que tiene una persona de decir la verdad sin importar cual sea. Este valor no implica solamente no decir mentiras, también incluyen los actos, como no tomar algo que no te pertenece, devolver las cosas o ser transparente en todo lo que haces. En el ámbito familiar este valor consiste en evitar ocultar las cosas a algún miembro de la familia, en decir la verdad en todo

momento, en tratar a todos por igual y en aceptar nuestros errores hacia ellos, entre otros.

Preguntas para reflexionar:

- Como ya hemos comentado, las Bodas de Caná es uno de los textos más conocidos del Evangelio, sin embargo, solemos escucharlo sin llegar a entender el significado que este tiene; ¿cuáles son las conclusiones que sacas una vez leído el tema? ¿puedes aportar algo más que no se haya explicado?
- En relación al mismo, hemos hablado sobre las relaciones paternofiliales: ¿cómo crees que es la relación con tus padres, hermanos/as, tíos/as, abuelos/as...? ¿hay algo que puedas mejorar de ellas? ¿sueles tener peleas con algún familiar? ¿por qué? ¿cómo crees que podrías evitar esto?
- También hemos visto una serie de valores relacionados con el ámbito familiar, reflexionemos ahora un poco más sobre los mismos: ¿falta el respeto a mis familiares en mi día a día? ¿soy responsable con mis actos o intento evitar las consecuencias de los mismos? ¿soy consciente de la suerte que tengo con mi familia y amigos? ¿se lo hago saber a ellos? ¿qué muestras de cariño tengo hacia mi familia? ¿soy honrado? es decir ¿concilio mis palabras con mis actos?

7. Los trabajadores de la viña

Oración

*Es tanta mi confianza en Ti, Jesús,
que en tus generosas y dulces manos
pongo todo lo que me aflige,
te entrego mis penas, mi salud, mis problemas,
para que se las hagas llegar a Dios;
es tanta mi esperanza en Ti,
que en tu Sagrado Corazón, siempre abierto para dar,
coloco mi vida, mi alma y corazón,
te entrego mis agobios y desesperación
y te suplico con humildad y total confianza
me concedas el alivio que tanto necesito.
Escucha mis amarguras,
ya ves lo mucho que necesito tu ayuda,
no me abandones ni me dejes sufrir más,
haz que llegue a mí lo que confiadamente solicito,
en Ti confío,
pide a tu Madre, la Santísima Virgen María,
me dé su amparo y protección,
y a Dios Padre que abra las puertas de los Cielos
para que llueva bendición y auxilio sobre mí.
Y sobre todo,
que tu amor, bondad y misericordia nunca me falten.
Amén.*

Plan Personal de Vida

- Oración:
 - ¿He sido capaz de dedicarle a Jesucristo y a la Virgen María, un rato de oración algún día?, ¿Cuándo rezo, estoy rezando o estoy realmente pensando en mis preocupaciones del día a día?, ¿He asistido a la adoración del Santísimo en alguna Iglesia?
- Misión:
 - ¿Valoro cada día a mi familia?, ¿Valoro todo lo que han hecho por mí?, ¿Con mi pareja y mis amistades, he actuado conforme a mis valores cristianos?, ¿Intento transmitir mi fe a los que me rodean?

- Personalización:
 - ¿He sido capaz de comerme mi orgullo y rectificar ante un acto que sé que no he actuado de la mejor manera posible?, ¿Me he tomado en serio el PPV?
- Participación en los equipos:
 - ¿Preparo las reuniones con tiempo? ¿Respeto la fecha que se fija con antelación? ¿Participo activamente en las reuniones? ¿Acudo a las actividades comunes que preparan desde la Local?

Tema

Mateo 20, 1-16:

El Reino de los Cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña.

Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo y les dijo: Id también vosotros a mi viña y os pagaré lo debido. Ellos fueron.

Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: ¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar? Le respondieron: Nadie nos ha contratado. Él les dijo: Id también vosotros a mi viña.

Cuando oscureció, el dueño dijo al capataz: Llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros.

Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. Entonces se pusieron a protestar contra el amo: Estos últimos han trabajado sólo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno. Él replicó a uno de ellos: Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno? Así, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos.

La palabra de Jesús en el evangelio puede darnos varios mensajes entendidos por la Iglesia. En este caso este evangelio lo podemos afrontar como que todos somos llamados por Cristo desde el principio de nuestra existencia, pero la respuesta no es la misma, unos responden desde el principio y otros tardan más en seguirlo, e incluso hay quien recurre solo a Él al atardecer de su vida. Pero una de las cosas más importante que desde el principio debemos tener claro, es que Jesús nos va a recompensar a todos de la misma forma, aunque suene “injusto”.

El primer mensaje que recibimos es que es el propietario, Jesús, quién sale en nuestra búsqueda y que nos ofrece como recompensa alcanzar la felicidad a su lado y la vida eterna, este es el pago de nuestro denario. Sin embargo,

este pago no se nos da sin esfuerzo, Cristo nos llama a trabajar, a seguirle en las horas de calor, cuando las fuerzas falten y el camino de labor sea tortuoso.

Con su sabiduría, es conocedor que no todo el mundo “despierta” a la vez, es por esto por lo que en otro momento de la vida vuelve a salir en búsqueda de más obreros para su viña. Jesucristo sabe que hay veces que no estamos atentos a su mensaje y es por esto por lo que siempre está ahí para mostrársenos y tener otra oportunidad de unirnos a su trabajo.

A pesar de que el Señor ha salido en nuestra búsqueda en varias ocasiones, cuando sale por tercera vez aún se encuentra con gente que le dice “Nadie nos ha contratado”. Es aquí cuando Jesús nos vuelve a llamar a seguirlo.

Al final de la jornada el propietario llama a todos los trabajadores para pagarles el jornal. Los primeros se quedan sorprendidos que ellos que llevan todo el día trabajando duro reciben lo mismo que quién llegó por la tarde, dicen que se está cometiendo una injusticia. El propietario al oír esto les dice que él ha cumplido con su palabra y les ha pagado lo acordado. ¿Por qué piensan que por llevar más tiempo con él tienen más derechos?

La desacralización de la sociedad

Esta parábola es un ejemplo de nuestra sociedad. Todos conocemos la existencia de Jesús, pero no todos queremos seguirle desde el principio.

Nos encontramos inmersos en una sociedad utilitarista, en la que o sacamos algo de las cosas o no sirven. Es por esto por lo que Dios no entra dentro de estos planes, porque lo que Dios nos da no es algo tangible.

Estamos rodeados de llamadas, de mensajes, de personas que son instrumento de Dios que quieren que nos acerquemos, y aun así hay quien no quiere darse cuenta.

Muchas veces escuchamos “yo no voy a misa porque está llena de pecadores” o “yo creo en Dios, pero no en la Iglesia”. Hay que dejar claro que la Iglesia de Dios está formada por personas humanas no por súper dioses, y como personas pecamos, nos equivocamos e incluso podemos llegar a hacer daño al prójimo, lo que es seguro es que Jesús es el propietario de nuestra vida y que, aunque nos equivoquemos y nos alejemos vuelve a salir en nuestra búsqueda para que sigamos trabajando por y para Él.

A los cristianos de hoy nos toca vivir en un mundo en el que muchos hombres han desplazado a Dios de su vida y viven como si Dios no existiera; bastantes incluso niegan explícitamente su existencia. La no creencia, la indiferencia y el ateísmo, nos rodean y acechan nuestra vida de fe. Y no se trata solamente de posturas individuales, sino de un fenómeno social amplio y difuso, que condiciona la visión del mundo, el modo de entender la vida, los criterios de valor, los comportamientos, la convivencia...; en una palabra, la cultura de nuestra sociedad.

Como este fenómeno nos afecta también a los creyentes, que vivimos en la misma sociedad y respiramos los mismos aires que todos, necesitamos replantearnos los fundamentos de nuestro creer y esperar, para afianzarlos y para poder dar razón de ellos ante todos los que nos rodean.

Hoy en día estamos en una:

- Civilización científico-técnica. Todo tiene que tener una explicación científica y si no la tiene no existe.
- Civilización del consumo y bienestar. La expansión económica trae consigo que estemos continuamente pensando en comprar, con la excusa que es por nuestra salud.
- Sociedad que desea y busca libertad. Esto sumado a lo anterior puede inducir a error y pensar que lo que nos hace libres en verdad hace que nos aislemos y despreocupemos de los demás, dejándonos llevar por el impulso del momento.
- Sociedad pluralista. Algo que al principio es bueno puede hacer que caigamos en la privatización de la vida religiosa, es decir, por el hecho de que hay diversidad no nos atrevemos a señalarnos como cristianos y reducimos nuestra vida de Iglesia al ámbito privado.

«La ruptura entre el Evangelio y la cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo», decía el papa Pablo VI. En nuestra sociedad, Dios ya no es fácil de encontrar, pues está tapado, sobre todo, por la mentalidad científica que tenemos. Hay quien incluso dice que creer en Dios es de incultos y beatos.

Incluso para muchos bautizados, el hecho y la práctica religiosa han perdido o van perdiendo progresivamente significación y relevancia vital. Las mismas formas de vida contribuyen a que jóvenes y adultos pierdan la capacidad de preguntarse por el origen y el sentido último de la vida. Para muchos de ellos,

la fe cristiana es incapaz de dar respuesta a sus necesidades, inquietudes e interrogantes más vitales. Sin embargo, esta misma cultura, aún con grandes ambigüedades, está provocando una gran sensibilidad por la dignidad de la persona y su libertad, y un resurgir de lo sagrado. Junto a esta sensibilidad, se descubre también una solicitud de valores religiosos que den sentido a la vida.

Vivir nuestra fe en la sociedad actual

Debemos tener claro que nuestra fe debe ser nuestro centro. Debe ser un principio que nos motive, y nos ayude a transformar e inspirar a otros. Dios es el fundamento de todo y como tal debemos tenerlo presente en todos los ámbitos de nuestra vida, no relegarlo a un segundo plano.

Crear en Dios, vivir la fe, es tener experiencia personal de Dios, y de Jesucristo. Una experiencia que brota y arranca del encuentro personal con Él y que lleva a descubrir que solamente Él da respuesta a los interrogantes, anhelos y preguntas más íntimas y vitales.

El cristiano no debe vivir su fe en solitario. Se es cristiano en la Iglesia y gracias a la Iglesia. La Iglesia no es algo opcional para el cristiano. Pues el vivir la fe en comunidad hace que ayudemos a otros a corregir sus errores y nos ayuden a nosotros. Jesús lo dejó claro con su experiencia. Él se rodeó de sus discípulos para no caminar solo y que le ayudaran a transmitir la Nueva Buena.

Los cristianos, llamados a transformar el mundo en Reino de Dios, lo hemos de hacer desde dentro del mismo mundo y de su historia. Es aquí donde nace la vocación de la mayoría, el laicado.

Debemos:

- Manifestar nuestra fe y la alegría del evangelio.
- Dar gracias por pertenecer a la Iglesia.
- Mostrar nuestra comunión.
- Afrontar, desde el evangelio, los retos para el futuro.

Sólo de esta formas podremos volver a traer a Dios a nuestra sociedad.

Preguntas para reflexionar:

- Hoy en día todos conocemos la existencia de Jesucristo, ¿por qué hay quién aún no conoce la alegría de conocerlo? ¿Estamos haciendo bien nuestro trabajo de evangelizar?
- ¿Por qué pensamos que por llevar más tiempo trabajando en la senda de Jesús tenemos más derechos que los que se arrepienten al final de sus vidas?
- ¿Qué ventajas tiene el que lleva más tiempo viviendo buscando la santidad a la que estamos todos llamados que el que se arrepiente al final de su vida?
- Hay tres pilares fundamentales en la vida de un laico: Oración, Formación y Acción, ¿llevo a cabo las tres? ¿Por qué si fallamos en alguna de las tres no podemos avanzar en la senda del camino de Cristo?

8. Reunión de balance del curso

Oración

*Que hermoso es poder mirarte a los ojos, mi Dios
Lleno de amor infinito me miras,
y yo te miro.*

*Mucho, mucho tiempo, hasta que nuestras miradas se encuentran y sé que
estás ahí.*

¡Mira en mi corazón!

*Aleja todo lo que se interpone entre tu y yo.
Deseo entregarte mi vida. Dime tú, cómo se hace.
Amén*

Plan Personal de Vida

- Oración:
 - Una de las cosas que más nos gusta del verano es quitar las alarmas y planificar los viajes y actividades que vamos a hacer, pero, ¿planificamos también la oración o la dejamos fuera del horario? Tenemos que buscarle un ratito este verano. Lo ideal es reservarle la misma hora todos los días al Señor y a su Madre.
- Misión:
 - Ahora, en estos meses de descanso vamos a tener tiempo para estar con la familia, echar una mano en casa, y también para volver a encontrarnos con familiares con los que nos vemos menos. También podemos aprovechar para hacer voluntariados o ir de misión para predicar el evangelio con nuestros actos.
- Personalización:
 - Vacaciones... ¿Y ahora qué? Ahora tenemos tiempo libre de sobra para revisar si hemos cumplido nuestro PPV, como hemos cambiado, si hemos mejorado en algo, y también para buscar nuevas metas para el PPV.
- Participación en los equipos:
 - Ahora en verano resulta fácil desaparecer y perder de vista a todo el mundo, pero debemos intentar que esto no pase mandando un

mensaje a alguien de nuestro Equipo. También podemos participar en los encuentros nacionales o internacionales que se organizan cada año. Puede pasar que se solape con otros planes que tengamos, pero merecen mucho la pena estas experiencias.

Tema

En esta reunión se pretende que analicemos desde un punto de vista cristiano cómo ha estado el equipo, como ha funcionado y como hemos funcionado nosotros y la evolución de nuestra Fe y nuestra relación con Jesús.

Tras casi un año hay que preguntarnos qué ha significado el movimiento de los ENSJ para nosotros, ver qué hemos aprendido este año y cuanto hemos madurado. También podemos recordar aquellos momentos en los que más hemos disfrutado y más nos hemos reído. Hay que analizar las cosas que no han ido del todo bien y buscar la manera de mejorarlas.

Preguntas para reflexionar:

- ¿Ha habido un cambio notable en mi fe desde el inicio del curso?
- ¿Me ha sido útil el PPV para cambiar aquellas cosas de mi vida que no “funcionaban”?
- ¿He mejorado mi rutina de oración y mi relación con Jesús?
- ¿Me leo los temas antes de ir a las reuniones o voy un poco “a lo loco”?
- Cuando falto a una reunión, ¿hay realmente un motivo de peso?
- A la hora de participar en las reuniones, ¿participo activamente o me callo por vergüenza?
- De todo lo vivido durante el año ¿me quedo con algo en especial? ¿una reflexión, una frase, una oración...?
- ¿Me he limitado a las reuniones con el equipo base? ¿O he participado también en encuentros, retiros y convivencias?

Después de responder a estas preguntas hay que ver en que hemos fallado nosotros, si le hemos fallado al movimiento, o por el contrario el movimiento nos ha fallado a nosotros, ya que aquí se recibe lo que se da.

Por último, animaros a que tengáis una (o varias) reuniones de amistad en verano, para no perder la dinámica de grupo. ¡¡FELIZ VERANO!!

MAGNIFICAT

Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo, dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia -como lo había prometido a nuestros padres- en favor de Abrahán y su descendencia por siempre. Gloria al Padre...